
LORENZO SILVA

Palmira blues

vidas.zip VII (2015-2016)



En el séptimo volumen de la serie Vidas.zip, Lorenzo Silva vuelve a presentar su particular visión de la actualidad en forma de cuentos cortos, a menudo narrados desde el punto de vista de los protagonistas de las noticias o de los ciudadanos anónimos que sufren su impacto. Palmira blues. Vidas.zip. Año VII es una recopilación de las más de cincuenta historias que Silva escribió por séptimo año consecutivo para la edición digital del diario El Mundo, en los meses que van desde la primavera del año 2015 hasta la del 2016. En estos artículos, el autor reflexiona sobre los grandes titulares con su habitual síntesis y las observaciones afiladas a las que nos tiene acostumbrados. La masacre de París que conmocionó al mundo; la foto viral e insoportable de Aylan, el niño sirio tendido inerte sobre la arena de una playa griega; y el atasco democrático que sucedió a las elecciones españolas del 26 de diciembre de 2016 son algunas de las noticias que el autor trata en este volumen. Eso sí, sin dejar de cuestionar las lacras, injusticias e irregularidades que arrastra nuestra sociedad: desde la violencia de género hasta la baja presión fiscal que se aplica a los millonarios futbolistas de élite en contraposición a las declaraciones de gente humilde que «tocan a devolver». Como el propio Lorenzo Silva explica, «todas las historias están inspiradas en hechos y noticias reales. Algunas son fácilmente rastreables en las hemerotecas de ese periodo, otras quizá no tanto. En cualquier caso, prefiero prescindir de las notas a pie de página que pudieran contextualizar los relatos, y dejar que queden en lo que el tiempo, la memoria y el olvido hagan de ellos.

Lorenzo Silva


Palmira blues

Vidas.zip
VII
(2015-2016)



Título original: *Palmira blues*
Lorenzo Silva, 2016

Revisión: 1.0

 28/04/2020

*Para ti, lector que, pudiendo no hacerlo,
decides sostener al autor.*

NOTA PRELIMINAR

Los relatos contenidos en este volumen continúan la serie *vidas.zip*, iniciada en 2009 en la web de *elmundo.es*. Abarcan las 52 semanas que van desde la primavera del 2015 hasta la del 2016. De aquella en la que Palmira cayó en manos de los integristas del Estado Islámico, a aquella en la que fue reconquistada, que no liberada, por soldados sirios e iraníes. La yihad global continuó haciendo de las suyas, golpeando en Bruselas después de haber atacado en París, y expulsando desde Siria y otros lugares a millones de refugiados a los que Europa no quiso acoger y dejó que, como el niño Aylan, se ahogaran en el Mediterráneo o, como otros niños sin nombre, tiritaran en el fango de Idomeni. En España no dejaron de aparecer imputados y destaparse escándalos, y la hermana de un rey acabó sentándose en el banquillo. Hubo unas elecciones que certificaron que la cuerda se había estirado de más y, para terminar la fiesta, aparecieron unos papeles panameños. La lista de los listos.

Como es norma en este proyecto literario, del que representan la séptima cosecha, todas las historias están inspiradas en hechos y noticias reales. Algunas son fácilmente rastreables en las hemerotecas de ese periodo, otras quizá no tanto. En cualquier caso, prefiero prescindir de las notas a pie de página que pudieran contextualizar los relatos, y dejar que queden en lo que el tiempo, la memoria y el olvido hagan de ellos. Porque así vamos pasando y se nos va pasando la vida, de la que vienen a ser atisbos comprimidos.

Palma de Mallorca-Getafe, 15-22 de mayo de 2016

No hace falta inventarse nada. Hay fragmentos de grandes libros en todas partes. En cada persona.

SVETLANA ALEXIÉVICH, *Los muchachos de zinc*

Un mal rato

Este hombre está pasando un mal rato. A la salida de su casa, conducido por los agentes que provistos de un mandamiento judicial han entrado en ella para detenerle, le aguarda un enjambre de cámaras que inmortaliza con fruición el ominoso momento. Luego habrá mil especulaciones, algunas de ellas culpando a sus compañeros de partido, ahora en el gobierno, de darle el soplo de la acción policial a la prensa para utilizarlo a él, que un día fuera ministro y vicepresidente estrella de otro gobierno anterior, como chivo expiatorio de responsabilidades que abarcan un perímetro más amplio. Quién sabe, aunque no hay que irse tan lejos: cuántas veces, y desde cuántos despachos, a veces muy próximos a las diligencias, se han filtrado actuaciones similares para que quedaran oportunamente filmadas.

Sea como fuere, nuestro hombre va cualquier cosa menos contento: posee la inteligencia suficiente (incluso alguna más) para percatarse al instante del símbolo y el icono en que se está convirtiendo. Por si pudiera quedarle alguna duda, cuando se inclina para entrar en el vehículo, uno de los agentes le asienta la mano en el occipucio, como haría con cualquier quinqui. Ve la cámara que apunta, dispara y le inflige la foto de gracia, y no puede dejar de darse cuenta de que la suerte está echada y su epitafio grabado en términos virtualmente irrevocables.

El mal rato se prolonga siete horas. Siete. Número cabalístico, para redondear el símbolo, ese símbolo que no querría pero lleva camino de encarnar. Requisan la documentación de su casa y de la oficina en su presencia y, consumado el pillaje de los papeles comprometedores, lo sueltan para que rumie lo que van a concluir los jueces sobre ellos después de que los agentes los desbrocen; cuál será la decisión que sobre esa conclusión pronuncien, manden y firmen en resolución dictada en nombre del rey. En el mandamiento con el que han violado la intimidad de su domicilio se le imputan delitos fiscales, de blanqueo de capitales y de alzamiento de bienes. Alguno podrá estar prescrito, pero no es fácil que lo estén todos. Y son demasiados. Demasiados como para que nuestro hombre no se acuerde de esa comparecencia en cierto parlamento en la que un diputado le preguntó si tenía miedo y, cuando él, flamenco y torero como es, le preguntó a su vez si se refería a si tenía miedo de él, le aclaró que el miedo del que le hablaba era del miedo a perderlo todo. Dándose mal, la partida judicial en la que está envuelto, y que se suma a otras, bien podría apuntar a ese desenlace.

Puede que se pregunte por qué. Quizá no quiera recordar, o él lo vea de otra forma, que tuvo las riendas de la economía de su país, y que, ejerciendo como mago, y empeñado en meterle el

turbo al PIB, ayudó a cebar una burbuja inmobiliaria que deparó años de crecimiento y empleo explosivos para acabar estallando salvajemente en las narices de muchos. Que luego le dieron la batuta de la economía mundial, con rango de jefe de estado, y que fue bajo su mandato cuando terminó de consumarse el derrumbe de un sistema financiero basado en ficciones titulizadas con ladrillos ruinosos como activo subyacente. Que a su vuelta a su país, y como premio, pilotó la formación de un falso gigante bancario que enterró, de nuevo bajo una pila de inmuebles sin valor, las ilusiones y los ahorros de cientos de miles de personas. La suma de esos tres desastres que llevan de uno u otro modo su firma le ha puesto a los pies de los caballos. Aunque no sea de eso de lo que le acusa el juez que ha bendecido que le allanen la casa y el despacho y lo traten como a un chorizo.

Va a tener unos días para pensar en ellos: en los muchos que festejan el mal rato que ha pasado, y los que vengan, porque lo identifican a él con su propio Mal Rato. Con mayúscula.

Seso oral

Son curiosas las etimologías. Por ejemplo, «asesoramiento», derivada de «asesor», que a su vez proviene del latín, «assessor», la persona que se sentaba junto al juez y le aconsejaba para mejor sentenciar los casos que se le sometían. El nombre procede del verbo «assidere», que significa «asistir» o «ayudar», y que a su vez se forma sumando el prefijo «ad» al verbo «siedere», «sentarse».

O por ejemplo, «seso», del latín «sensus», que significa tanto «sentido», en la vertiente de la pura percepción, como «juicio», en lo que respecta al análisis y la reflexión sobre lo percibido, y con la que se relacionan palabras como senectud o senador.

Una palabra parece contener la otra, en castellano, pero en realidad no es más que una coincidencia fonética, al provenir una de la pérdida de la consonante nasal y la otra de la habitual conversión de la ese doble en ese sencilla. Y sin embargo, esa homofonía viene a resultar simbólica. Incluso propicia un juego de palabras: quien asesora debe tener seso, porque es ese bagaje de la perspicacia el que permite contribuir a fundar un juicio y por tanto ayudar a quien ha de tomar cualquier decisión.

Viene al pelo esta caprichosa relación entre seso y asesoramiento para dar cuenta de la conducta de un par de senadores (en el viejo sentido de padres de la patria), a quienes se presume en tal calidad bien dotados de «sensus» y a quienes una investigación de hipotéticos blanqueos y cohechos de otra autoría desvela como bien remunerados asesores de una empresa constructora. A dicha compañía aportaron su juicio y percepción de ciertos alambicados asuntos, mientras recibían del contribuyente sus emolumentos como parlamentarios y se les suponía dedicados a las cosas del común, antes que a sustentar o a promover particulares empeños, labor esta en la que, sin prejuzgar otros aspectos, no podía no pesar de alguna manera su condición de representantes públicos muy próximos a la autoridad.

Las sumas son suculentas, de cinco cifras la percibida por uno de ellos y de seis la que correspondió al otro. Comoquiera que ambos siguen cobrando con cargo al erario público, y no en escasa cuantía, la revelación causa un revuelo que los enfrenta a la necesidad de ofrecer a la ciudadanía una justificación. Uno de ellos opta por transitar una peliaguda cuerda floja: la que separa lo ético de lo legal. Admite, con cierto bochorno, que haber sido tan sustanciosamente retribuido por servir a fines privados mientras estaba desempeñando un cargo público puede no obedecer a la ética más acrisolada, pero no supone ilícito alguno, en tanto que la cámara le había

autorizado la compatibilidad.

El otro, que afronta un reproche social mayor, debido a que sus ganancias quintuplican las de su compañero, en pago por un asesoramiento del que no consta ningún documento soporte, se revuelve con fiereza y asegura que se trata de la actividad normal de su despacho. Que puso en su tarea de consejero, que también era compatible de acuerdo con el permiso concedido por la cámara, enormes energías que compensan la no redacción de un documento que reflejara los consejos prestados. Volviendo a las etimologías del principio, prestó su «sensus» como «assessor», del mismo modo en que lo hacían quienes aconsejaban a los antiguos magistrados romanos, en procesos a menudo orales y en los que también regía la oralidad para asistir al juzgador.

El problema, que ahora debe dilucidarse, es el crédito que tiene, hoy día, esta suerte de (llamémoslo así) «seso oral». Quien paga sumas tan abultadas suele pedir algo que refleje el servicio, a fin de justificar su realización ante el fisco y sus accionistas. También quien asesora tiene interés en dejar constancia de lo que hizo, para no levantar suspicacias. ¿Por qué aquí no hubo nada? Inocente presunto, mientras no se pruebe lo contrario, acaso no anduvo del todo sensato, el sesudo asesor.

La hora del trigo

Suele suceder. Hay un momento para la urdimbre, para la prospectiva, para el discurso y finalmente para la prédica. Son coyunturas interesantes, donde una inteligencia bien afilada y un ego consistente encuentran ocasión para la exhibición y para darse el deleite que produce seducir y convencer a otros. No digamos, ya, el que causa ver cómo el adversario, tras la inicial incredulidad, incluso el desdén, va perdiendo pie y resbalando lenta o precipitadamente hacia la alarma, el desplante o el temblor de rodillas y los primeros traspiés y torpezas. De todas estas etapas, con una creciente sensación de triunfo y autorrealización, disfruta el ingenioso ideólogo-estratega como de la oportunidad para la que se preparó desde más allá de donde le alcanza la memoria.

Sin embargo, ah, sin embargo.

Es en el momento en que todo empieza a ir bien, en el que la nave llega a su velocidad de crucero y poco a poco, día a día, la va incrementando hasta alcanzar esas cotas por las que nadie habría apostado ni en sus peores o mejores sueños (dependiendo del soñador en cuestión), cuando comienza soterradamente el desastre. Con sus más rutilantes logros, alcanzados por lo común a través de personas interpuestas, porque tal es la condición de quienes tienen mayor inspiración para ingeniar y maquinar transformaciones, se empiezan a sentar las bases de su declive e irremediable caída. No es solo que quienes supieron ver y urdir lo que entonces no existía no suelen ser compatibles con toda la mugre que en cada momento existe, y con la que más pronto que tarde hay que transar, so pena de condenarse al deshabitado limbo de la pureza; también es que no disfrutan de ese ajuste como si lo hacen quienes, con menos aspiraciones generales, han afinado mucho mejor el mecanismo de las aspiraciones particulares, que son las que a la postre conducen a ser y contar en toda circunstancia, y no solo cuando todo se tambalea.

Y si encima uno ha tenido un desliz, algo que pueda utilizarse en su contra, la amargura del instante se ve redoblada por la inapelable crudeza de la refutación y la imposibilidad de seguir adelante. Durante un tiempo, como para disimular, es posible que los camaradas que secretamente han comenzado a tomar distancia hagan como que te amparan, como que te cubren en la flaqueza. Incluso pueden llegar a sostener cosas inverosímiles, como lo es recurrir al argumentario con el que se pertrecha el enemigo, y que una y otra vez se señaló como ejemplo de infamia, trapacería y deshonestidad. Al final, todo se olvida, nada compromete para siempre a quien sabe nadar y guardar la ropa. Pero sí a ti.

Desde ese momento, aunque el desenlace se produzca más tarde, aunque halle otro pretexto, incluso aunque se niegue la discrepancia que ha fisurado el asiento del ideólogo-estratega en la organización que en buena medida salió de su magín, la historia está escrita y es solo cuestión de tiempo que empiece a cumplirse en sus propios e implacables términos. Una vez que surge tu flanco débil, estás listo, y para comprender cómo eso te socava a ti como no socava a otros, mejor adaptados a la pervivencia en este entorno de doble lenguaje permanente, basta con mirar alrededor y constatar a quiénes sus errores no les extienden factura, o desde luego no la que te acaba extendiendo a ti.

Acaba llegando el momento en el que eres tú, voluntariamente y dando el paso ante todos, quien se administra por propia mano la cicuta. No hay que leer este instante en términos morales, tal y como hábilmente propuso (y logró vender) el más listo de los griegos para la exégesis de su personal tránsito. Es, solo, la naturaleza de las cosas. Algunos valen para predicar, pero sobran, aparatosamente, cuando toca dar trigo.

No sin mi subvención

Soy uno de ellos. Como muchos de mis compañeros, empecé a entrenar de muy pequeño, en campos municipales puestos a disposición de los equipos infantiles de mi ciudad natal, campos construidos y mantenidos con dinero del contribuyente, en terrenos de titularidad pública. En mi ciudad, como en otras muchas, había además subvenciones para favorecer el llamado fútbol de base; de hecho, era más el dinero que se dedicaba a esta finalidad que el destinado, por poner un ejemplo cualquiera, a pagar el personal, el mantenimiento y la renovación de los fondos de las bibliotecas públicas. En fin, en mi barrio, con varias pistas deportivas, ni siquiera había biblioteca pública.

Como era bueno, fui subiendo de categoría, jugaba en equipos cada vez mejores y acabó llegando el momento en el que pude incorporarme a los juveniles de un club importante. Así fue como pasé a jugar en sus categorías inferiores y a entrenar en los campos de que disponía este club. Estaban en parcelas ventajosamente recalificadas en su día, con menos cargas urbanísticas de las que recaen sobre cualquier otro propietario de terrenos; incluso algún campo estaba en terrenos públicos, dados en usufructo al club en condiciones igualmente benignas.

Era lo que los gobernantes creían, más que conveniente, obligado, para apoyar una actividad que daba lustre y renombre a la ciudad y alegraba la vida de los aficionados. Por esa misma razón, un avisado presidente de aquel club logró que el ayuntamiento y la comunidad autónoma comprometieran anualmente fondos para subvencionar esos equipos inferiores, que además extendían el hábito del ejercicio físico entre la chiquillería de la ciudad y, con un poco de suerte, como la que hubo conmigo, contribuirían a que en el futuro una estrella del balompié nacida allí pasara por el mundo el nombre de la ciudad y la comunidad que tan generosamente prestaban su respaldo al club.

Con aquella camiseta debuté en la primera categoría del fútbol nacional, enfrentándome a los jugadores de otros equipos que habían disfrutado de ventajas análogas para formar su cantera, y que amén de todo eso se beneficiaban de avales prestados por administraciones públicas y cajas de ahorros y de una comprensión infinita por parte de Hacienda y de la Seguridad Social, en vez de los embargos fulminantes que caían sobre cualquier otro de sus deudores. Para redondear, resultaban agraciados, como mi club, con sustanciosas sumas en derechos televisivos por los que pujaban, contribuyendo a subir los precios, televisiones públicas en trance de quiebra que cada año recibían aportaciones presupuestarias para poder cuadrar sus cuentas. De nuevo, siempre ahí,

al quite para ayudarme, el contribuyente.

Merced a esa asistencia financiera estatal, en todos los eslabones de la cadena que lleva a la producción y mantenimiento de un futbolista de élite, he podido cobrar y cobro un salario anual de siete dígitos, lo que arroja una paga semanal de cinco cifras. Durante los últimos años, por una parte de ese dinero, denominado convenientemente «derechos de imagen», y percibido a través de una sociedad mercantil de la que soy el único dueño, me las he apañado para soportar un tipo impositivo efectivo más bajo que los contribuyentes que ganan en un año lo que yo gano de lunes a domingo. Pero he aquí que un ejército de malvados inspectores de Hacienda se ha movilizado para inspeccionarnos a mí y a mis pares y aplicarnos una puñeta que llaman «valoración de operaciones vinculadas», y que me lleva a tributar como cualquiera que gane lo que yo, nada menos que la mitad de la pasta, en números redondos. Un verdadero atropello.

Por lo cual, hago huelga y os conmino, a todos: Si queréis fútbol, dejadme pagar menos. Seguid subvencionándome.

Yo, ceramista

Aunque lleve años dándoselo todo, aunque no sea el único que cree desempeñarla, resulta que mi profesión no existe. Lo descubrí el día que tomé la decisión de entregarme a ella y acudí a darme de alta, como cualquier otro profesional, en el Impuesto sobre Actividades Económicas. Entre sus muchos y pormenorizados epígrafes, aprobados por un Real Decreto (esto es, nada que cueste mucho modificar: cada año se firman miles), me dijo el funcionario que me atendió que no existía ninguno relativo a lo que yo me proponía hacer. La solución a la que se había llegado era aplicar por analogía el epígrafe 861, referido, entre otros, a ceramistas y artesanos. Desde ese día mi tarea se confunde para Hacienda con la de moldear barro. Como metáfora no está mal, y vaya por delante mi respeto por quien lleva a cabo esa labor, o cualquier otra, con dignidad y competencia.

La cosa es que yo no moldeo barro. Escribo libros.

El problema de ejercer una profesión inexistente para la autoridad tributaria es que una y otra vez, a la hora de aplicarle las leyes fiscales, se producen quebrantos y disfunciones. Así como un fontanero puede deducirse sin problema los metros de tubería que compra, o la gasolina que gasta para ir de una chapuza a otra, el escritor lo tiene mucho más crudo. No estando siquiera su oficio contemplado entre las actividades económicas reconocidas, mal puede contar con que se le acepte que tanto en la redacción de un libro (tarea que puede llevar años, y pesquisas y diligencias sin cuento) como en su defensa posterior en un país que no se distingue por su voracidad lectora (empeño que consume muchas de sus horas y le empuja a hacer decenas de miles de kilómetros al año) existe una variedad de costes necesarios para obtener los ingresos. Costes que, con arreglo a lo que las propias leyes fiscales contemplan como principio general, bien pueden tener la consideración de gastos deducibles.

Por eso, cuando al literato le revisa la Agencia Tributaria las cuentas, y a menos que haya aceptado que su actividad vive del aire y se haya limitado a desgravarse la amortización de la herramienta de escritura (antaño la máquina, hoy el ordenador), la mesa sobre la que escribe y alguna otra obviedad de ese estilo, le aguarda la inexorable rectificación de sus bases imponibles. Así, descubrirá, verbigracia, que no puede hablar por teléfono móvil (con sus editores, su agente, o cualquiera de las muchas personas con las que interactúa en su trabajo), ni hacer en su coche un viaje profesional y considerar como gasto la gasolina; ni siquiera tratar como tal la luz que permite que alumbre su flexo o se encienda el ordenador, o la conexión a internet que usa a diario

para documentarse. Yo, que me tengo por escritor, ceramista a ojos de la Agencia Tributaria, no lo digo porque me lo hayan contado. Lo digo porque lo han visto mis ojos; no son naves ardiendo más allá de Orión, pero a quien en conciencia no creía estar haciendo nada incorrecto no deja de desconcertarle.

También he visto cómo se dejaba de aplicar, de golpe y porrazo, la única norma que en la legislación fiscal atendía a mi actividad, permitiendo atenuar la progresividad de la imposición en el caso de derechos de autor percibidos como anticipo a cuenta de obras que luego se vendían en varios ejercicios. Y ello, pese a haberla aplicado en ejercicios anteriores con la bendición expresa de Hacienda y haberlo confirmado con inspectores que hasta se remitieron a resoluciones de la Dirección General de Tributos para avalarla. Sin embargo, nunca, hasta hoy, he juzgado oportuno escribir públicamente al respecto. Y aunque alguna vez sopesé recurrir, siempre tuve previsto el eventual gasto (lo que tiene haber sido asesor fiscal en otra vida) y he ingresado sin rechistar las liquidaciones complementarias, que sumadas a lo ya liquidado por mí, a un tipo de hasta el 52%, arrojan a favor de las arcas públicas, a lo largo de la década larga que he entregado por entero a escribir, un montante de siete cifras al que no llega, ni de lejos, lo que pude ahorrar para mi familia.

He preferido hacerlo así, y no quejarme nunca. Y la verdad, después de ver cómo despellejan a algunos compañeros escritores, ceramistas para Hacienda, por haber tenido la osadía de exponer públicamente sus cuitas tributarias, veo que hice bien. Aunque me conste que hay empresas que se desgravan *rentings* de coches de lujo, o el coste de amortizar aviones y aeródromos de uso privado, con la bendición de Hacienda o de los tribunales. Aunque sepa que quienes nos gobiernan se regalan viajes, iPhones, tabletas y se indemnizan a sí mismos por gastos de alojamiento en ciudades en las que poseen varios inmuebles. Aunque la ley haya permitido durante años a los millonarios del balón, que centuplican mis ingresos, pagar menos de la mitad por eso llamado artificialmente «derechos de imagen».

Porque nadie podrá decirme, como a otros, que no arrimé el hombro lo que me tocaba. Y porque, cuando alguien, como tiende a suceder en mi país balompedófilo y culturofóbico, me acuse de vivir de la dádiva o del subsidio, me permitiré sonreír de oreja a oreja. Y dicho lo anterior (porque a nadie puede impedirse decir lo que cree que es razonable o deja de serlo), que quien en cada momento gobierne, con el voto de la ciudadanía, decida lo que es justo que este contribuyente pague o deje de pagar.

Y a eso, como buen ceramista, me seguiré ateniendo.

Palmira blues

Este es un cuento de fantasmas. Como el de aquel cuento de Oscar Wilde, ambos son oriundos de las islas Británicas. Uno murió hace más de noventa años. De la muerte del otro acaban de cumplirse ocho decenios. Se llamaban Mark y Thomas Edward, pero casi todo el mundo tiende a mencionarlos por sus apellidos: Sykes y Lawrence.

El fantasma de ambos sobrevuela en estos días las tierras situadas al norte de la península Arábiga, que ambos conocieron en distinto grado. Sykes estuvo allí poco más que como turista, de lo que le salió un libro, *La última herencia del Califa*, en el que atestiguaba la agonía del Imperio otomano y describía a los árabes como un conjunto de tribus sin cohesión. Con ese bagaje, y aunque ni siquiera hablaba árabe, el gobierno británico lo llamó en 1915 como asesor para asuntos de Oriente Medio.

Lawrence, en cambio, había desarrollado varias campañas arqueológicas en Siria, había aprendido a hablar el árabe con fluidez y en 1916 estaba en Yedda, tratando de convencer al jerife Hussein, emir de La Meca, de que se alzara contra los turcos, cosa que logró, además de dirigir *de facto* la campaña. Al frente de un ejército beduino, cuyo jefe nominal era uno de los hijos de Hussein, Feisal, conquistó en primer término el estratégico puerto de Ákaba, en el mar Rojo, cortó el ferrocarril de Medina y acabó entrando en Damasco, apuntillando a los turcos.

Lawrence había aprendido, y mostró sobre el terreno, que los árabes, si bien indisciplinados y propensos a las rencillas, tenían, contra lo que Sykes afirmaba, la incipiente conciencia de ser una nación. Y, desde su puesto, instó a sus jefes a favorecer, tras el derrumbe del Imperio turco, la formación de esa nación bajo un gobierno dirigido por la familia del emir de La Meca.

Sus consejos, basados en un conocimiento directo del terreno, llegaron demasiado tarde. Ya habían fraguado intereses y componendas para los que esa nación árabe era un escollo y un incordio que bajo ningún concepto se podía consentir. Por un lado, estaba el petróleo, que empezaba a ser un activo estratégico a cuyo control no podían renunciar en modo alguno las potencias occidentales; por otro, el arreglo al que Sykes había llegado con el francés Picot para el reparto de Oriente Medio con la principal potencia aliada de Gran Bretaña en la guerra mundial. Un reparto que se había basado en los consejos que Sykes, con su somero conocimiento de la materia, había dado al gobierno británico.

La escena tuvo lugar el 16 de diciembre de 1915, pronto hará cien años, en el número 10 de Downing Street. Allí estaban el primer ministro, Asquith, los ministros de la Guerra y Armamento,

Kitchener y Lloyd George, y el Lord del Almirantazgo, un tipo llamado Winston Churchill, de justa fama posterior. Ante ese auditorio, y preguntado sobre cómo podía repartirse Oriente Medio con los franceses, Sykes no dudó. Pidió un mapa y trazó una raya desde la A de Acre hasta la K de Kirkuk. Esa línea, dibujada sobre la marcha con el dedo por un indocumentado, acabó siendo la frontera entre Irak y Siria, con una rectificación de última hora que impuso el astuto Lloyd George, para entonces primer ministro, al reclamar y obtener del francés Clemenceau la región de Mosul, donde había grandes reservas de crudo.

Cuando vio consumarse el atropello, Lawrence se cortocircuitó y acabó alistándose en la RAF como soldado raso, con una identidad falsa bajo la que desapareció del mundo. Entre tanto, Sykes, tras estudiar el problema un poco mejor, se retractó de lo hecho con su asesoramiento: «Mi acuerdo con Picot es contrario al espíritu de los tiempos», llegó a escribir. De nada sirvió.

En mayo de 2015, un siglo después de la chapuza, un ejército de árabes fanatizados ha conquistado la histórica Palmira y borrado el último puesto fronterizo de esa línea artificial.

Dondequiera que estén, Sykes y Lawrence no podrán por menos que menear la cabeza amargamente, al ver cumplida en forma de pesadilla la historia que ambos, al fin, coincidieron en que era necesario escribir de un modo más constructivo.

Organización criminal

Las cuentas pueden hacerse de muchas maneras. De hecho, cada cual tiende a hacer las cuentas como más le conviene. Pero luego viene la realidad y hace las cuentas como le place a ella, que es lo que en fin vale, y a todas las especulaciones que hayan podido preceder a su crudo cálculo les pasa lo que a las cuentas de la lechera: que acaban hechas añicos por los suelos.

Uno, por ejemplo, puede empeñarse en que ha ganado unas elecciones porque le sacó unos miles de votos al segundo, pero si el hecho es que a uno prefirieron no votarle más del doble de los que le votaron, y si resulta que uno no puede pactar con nadie, y los de enfrente en cambio encuentran la manera de componerse entre ellos, lo que de eso resulta es que uno ha perdido.

Y ahora que empezamos a entender que hemos perdido, aunque creyéramos que esos votos de ventaja nos permitían sacar pecho, ahora que incluso el líder ha tenido que rebobinar su mensaje conformista del día siguiente al descalabro, lo que toca es acatar el escenario que determina la mayoría y preguntarse por qué ha sucedido lo que ha sucedido; y a partir de ahí, qué es lo que puede hacerse para contener el derrumbe, reducir los daños y tratar de remontar en el futuro. Los que se niegan a aceptarlo van quedando cada vez más en evidencia, como defensores de una posición estafalaria, frente a los que se rinden a lo que es obvio y se resignan a dar un paso atrás y dejar que otros sean quienes enderecen el rumbo. Y en esas estamos cuando, sin darnos tiempo para enfriar los ánimos y la mente, empiezan a suceder cosas. Cosas que se parecen a un cataclismo.

Llega el jueves y un juez, el tercero por el que pasa la causa de la presunta financiación irregular de nuestro partido, no solo respalda las imputaciones gravísimas que ya plantearon los dos primeros, sino que se despacha con un auto demoledor por el que encausa a todos los que manejaban los dineros dentro de la casa, señala al propio partido como responsable subsidiario de los perjuicios causados a la hacienda pública y enumera contra los señalados por la instrucción una serie de cargos entre los que se encuentra, nada más y nada menos, el de organización criminal. No está calificando de tal al partido, como de forma malévola deducirán nuestros adversarios, pero está diciendo, así sea indiciariamente, que eso se cobijó bajo su techo. ¿Cabe imaginar un golpe más terrible? ¿En algún lugar del mundo tendría la menor posibilidad de futuro el equipo dirigente de una organización sobre la que recayera semejante oprobio?

Parecería que la situación no puede empeorar, pero sí, sí que puede. El viernes, otro juez ordena irrumpir en el domicilio de un delegado del gobierno, figura destacada del partido en su

comunidad autónoma, acusado de múltiples delitos de cohecho, y los policías que nominalmente estaban a las órdenes de dicho delegado le ponen las esposas. Cabría buscar formas más o menos piadosas de describir lo ocurrido, pero la más incómoda, que ya se encargarán de publicitar los rivales, es que se ha nombrado a un presunto delincuente para mandar a la policía, a la que se ha obligado a pasar el bochorno de detener a su jefe.

Y lo malo es que llueve sobre mojado, y que existen razones para temer un futuro en el que inevitablemente aflorará todavía más inmundicia. Y en este punto es cuando algunos o muchos de los leales y honrados militantes comprendemos al fin lo que no puede demorarse más. Eso que hemos estado resistiéndonos a pedir, para no favorecer a quienes tenemos enfrente. Si hasta aquí sentíamos que cerrar filas tras el líder era la manera de defender el partido, hoy las esperanzas de salvarlo pasan por dejar solo al líder ante el desastre ocurrido bajo su dirección.

Y poco a poco, cada vez más alto, empezamos a decirlo.

Feria del Libro

Aunque parezca mentira, hay quien cree que puede lograrse sin esfuerzo. Que basta con echar en el puchero cualquier cosa y el resultado imprimirlo, encuadernarlo y firmarlo. Hay señales que bien pueden despistar, desde luego: como esos chavales que ponen su efigie y su nombre, acreditados solo por YouTube, en la cubierta de un volumen sin ningún contenido reseñable que despachan por cientos, con aire entre remoto y displicente, a una multitud de adolescentes febriles. Y este es solo un caso, entre otros muchos, de libro de ocasión. Pero lo que aquí y en esta feria se ventila, al final, no es esto. Ni remotamente.

También te dan que pensar quienes acuden al encuentro trayendo bajo el brazo lo que hicieron sin encomendarse a nadie más que a sí mismos, quienes ponen por encima de todo a la musa que viene a visitarlos a su torre de marfil y esperan que la muchedumbre acuda a reverenciar su ensimismamiento. A veces ocurre que el ensimismado posee verdadero talento, incluso genio, o dispone de un potente aparato de propaganda. O, por qué no, cuenta con ambas bazas a la vez. La atención que se les dispensa a quienes de tales palancas se sirven turba y ofusca a quienes desprovistos de ellas esperan lo mismo y se ven mirando la nada ante sí y aprendiendo la amarga lección: en este negocio, en esta empresa, en esta aventura, llámalo como mejor te parezca, nadie os debe nada a ti ni a tu singularidad. Se trata de poner en las manos de otro algo que le diga y le cuente y que haga mejores sus horas y sus días. Esto, amigo, no va de ti.

Y sobre todo, lo que aquí ocurre nada tiene que ver con esas prisas que caracterizan al habitante del digitalizado siglo XXI: no hay ninguna app que te permita resolver el asunto cargándola en tu *smartphone* por 4,99 euros, aunque no falten gurús y mercachifles que traten de convencer de ello a los ingenuos, con el propósito acaso de seguir fomentando la idea de que lo creado puede ser copiado y apropiado por cualquiera, ya que es tan leve y tan somero el camino que puede conducir a la creación.

No, tú nunca podrás verlo así, quizá porque son ya veinte los años, veintiuna las ferias, que llevas viniendo a este parque a encontrarte con esta gente cálida y generosa que da sentido a tantas horas delante de un texto que siempre, en más o en menos, y a despecho de la experiencia y de los trucos acumulados, se resiste a ser escrito. Recuerdas los años primeros, cuando eran tan pocos y esporádicos que dudabas de tu presencia en la feria, porque una cosa era que tu cuerpo ocupara un espacio en una caseta y otra que eso fuera perceptible y tuviera un sentido. También los años de en medio, cuando poco a poco comenzó a aparecer ese lector que ya sabía a qué venía, que te

conocía sin conocerte e incluso apretaba el libro contra sí, antes y después de firmárselo. A medida que iban aumentando los títulos que tenías sobre la mesa, y los kilómetros recorridos de colegio en colegio, de biblioteca en biblioteca, de feria en feria, esos lectores se hicieron más y más diversos: en su edad, en sus ideas, en sus procedencias, en lo que buscaban y encontraban en tus escritos. De algunos, con la repetición, empezaste a quedarte con las caras, incluso aprendiste a esperarlos y a saber que no fallarían. Los hay que llevan sin fallar diecisiete, dieciocho años.

Ahora, y es una de las bendiciones que jamás esperaste, y que seguramente no mereces (esas son las bendiciones que hay que desear, los regalos que la vida te da sin estar en condiciones de exigírselos), llegan a hacer cola bajo el sol y a tenerte tres horas sin parar de estampar tu caligrafía deplorable en las páginas de libros que escribiste hace dos meses o hace veinte años, cuando todo aún era nada, cuando apenas firmabas a nadie.

El reto, nunca lo olvides, es que dentro de veinte años sigan ahí, sintiendo que es suyo lo que entonces puedas escribir.

De Sol a Cibeles

Es posible, muy posible de hecho, que fueras uno de los que hace cuatro años, poco más o menos, despachaban aquello de Sol como el alarde de una pandilla de colgados y perroflautas que el tiempo se llevaría sin dejar rastro. Uno de los que en lugar de fijarse en lemas nunca antes vistos en una pancarta (como aquel que decía, escuetamente, «lee más») y que revelaban algo diferente, cargaron sobre sus consignas más utópicas, anacrónicas o manidas para reducir aquel movimiento al perfil inofensivo de *déjà-vu* del izquierdismo más burdo y trasnochado.

La interpretación que te tocaba sostener era que aquello no pasaba de ser flor de un día, una amalgama amorfa de antisistemas irredentos, viejos despistados y niños ociosos ansiosos de tuitear revoluciones con el iPhone, y a la que solo la atención excesiva y caprichosa de los medios otorgaba alguna entidad. Las elecciones que justo por aquel entonces se celebraron, y que dieron todo el poder a los de siempre, e incluso reforzaron la posición institucional de los más conservadores, eran la prueba del nueve. La bulla en la calle quedaba ahogada bajo el silencioso veredicto de las urnas, que en adelante permitía presentar a los alborotadores como enemigos de la democracia, como simples organizadores de algaradas que se arrogaban un peso superior al que les correspondía, a tenor del voto de los ciudadanos que seguían apostando por los representantes del sistema.

Con ese diagnóstico, y la facilidad del rodillo que aquellas mayorías, absolutas o apoyadas en socios favorables, daban a los tuyos para decidir en las cámaras y los municipios, cediste a la tentación de relajarte y de creerte a pies juntillas tu propio cuento. Durante cuatro años te dejaste llevar por la inercia, sin pensar que en esta función todo es eventual y de prestado.

Ocupado como estabas con tus cosas, no concediste mayor importancia a todos los desbarros y escándalos, del pasado y del presente, que entre tanto iban aflorando: la experiencia te invitaba a confiar en que el paso del tiempo acabaría enterrándolos, por una parte; y por otra, seguías viendo demasiado inconsistentes a los herederos de aquel mensaje nacido en Sol en la primavera de 2011. Frente a sus demagogias baratas y sus proclamas folclóricas, y pese a las expectativas nacidas de unas elecciones europeas cuyos resultados tenían contrastada propensión a lo estafalario, había un gobierno haciendo lo que había que hacer: contentar a los acreedores y equilibrar las cuentas.

No podía pasar nada, y sin embargo he aquí que ha pasado. Los números que llevan un cuarto de siglo saliendo a los tuyos dejan de salir y ponen en bandeja el poder a quienes se pasaron

cuatro años al otro lado de las barricadas. Tu jefa se resiste con uñas y dientes a aceptar su desalojo, hasta llega a negar legitimidad a quienes pueden formar la mayoría que a ella le resulta impracticable y propone los más pasmosos pactos para impedirles agarrar el bastón de mando. Todo en balde: ahora ese bastón lo sujeta una alcaldesa aupada, entre otros, por los perroflautas utópicos que hace cuatro años te parecían tan de chiste.

De sentarse sobre el pavimento de Sol, hasta colocar en el sillón del palacio de Cibeles a una candidata que los representa y que se convierte en portavoz de muchas de sus demandas. Una ex juez que empieza diciendo que quiere menos discursos (eso que no escucha nadie, y que a casi nadie mueve a recapacitar) y más conversaciones, y que está dispuesta a sostenerlas aun con aquellos que no la votaron ni la votarán, y a quienes se apresura a aclarar que nada tienen que temer de ella.

La ves sentada ahí, la escuchas hablar, y piensas en lo que tardará en cagarla, en mostrar la insolvencia de su proyecto. Por lo pronto, lleva en su lista un concejal que tuitea chistes antisemitas. Dándole con saña en ese talón de Aquiles, y en otros que saldrán a la luz, no debe de costar mucho dejarla en evidencia. Hoy por hoy, este es todo tu triunfo. A partir de este momento, dejas de ser un cargo de libre designación municipal, nada mal remunerado, para pasar a convertirte en un parado más. Y como tú, cientos, o miles, en muchos otros ayuntamientos.

Va a ser verdad. Que no se ganó. Que se perdió. Las elecciones. Madrid. Donde se gana y se pierde todo lo demás.

Hipercor, 28 años después

Era una tarde de junio. El centro comercial estaba lleno de gente. En su aparcamiento había un Ford Sierra. El maletero del Ford Sierra estaba lleno de amonal. Poco después de las cuatro de la tarde de aquel 19 de junio, el temporizador detonó la carga. Murieron 21 personas, entre ellas varios niños. La mayoría de las víctimas eran mujeres. Otras 45 resultaron heridas.

El centro comercial se llamaba Hipercor y estaba situado en la avenida Meridiana de Barcelona. Corría el año 1987, y existía todavía una organización llamada Herri Batasuna. En un comunicado que difundió tras la matanza, dicha organización lamentó el bombazo de manera impersonal, como si fuera una desgracia caída del cielo. Las únicas responsabilidades concretas que encontró en el hecho, y se detuvo a señalar, fueron las que en su criterio correspondían a la policía y a la empresa propietaria del centro comercial por no desalojarlo a tiempo, y causar con ello una mortandad que en realidad perseguía finalidades propagandísticas. Visto en retrospectiva, resulta alucinante, pero en aquellos días era normal escucharles a sus portavoces cosas como aquella: si alguno de ellos hubiera sostenido que el Sol da vueltas a la Tierra o que los conejos cazan lobos a nadie le habría producido mayor asombro. Tal era la marca de la casa.

Por aquellos años existía en la comunidad agredida por este nada delicado procedimiento del coche-bomba una entidad llamada la *Crida a la solidaritat en defensa de la llengua, la cultura i la nació catalanes* (en denominación abreviada, la Crida). En teoría, defendía el catalán frente a la amenaza de la lengua española. La práctica llevó a que se le imputara alentar una variedad de actos de afirmación independentista, incluidos algunos con tipificación penal: lanzamiento de cócteles molotov, robo de banderas, daños, vivas a terroristas. Por alguno de ellos llegó a condenarse a algún dirigente. Hubo un cierto escándalo cuando se publicó que subvenciones dadas por la Generalitat, y destinadas en teoría a otros menesteres, habrían acabado yendo a parar a cuentas corrientes de responsables de la organización.

Según los diarios barceloneses de la época (esta es la fuente que tenemos, con todas sus limitaciones), tras lo de Hipercor, la Crida «coincidió» con el comunicado de Herri Batasuna. Sucede además que con posterioridad, y según informes policiales, llegó a ofrecerle su apoyo para la campaña de las elecciones al Parlamento Europeo. Por aquellos años era portavoz un ciudadano de apellido Sànchez (versión catalanizada del muy castellano «hijo de Sancho») que, dicho sea de paso, y también según los diarios de entonces, manejaba una de las cuentas bancarias a donde fueron a parar subvenciones dudosamente justificadas.

Han pasado veintiocho años, y este solsticio de verano de 2015 es buen momento para recordar a esas 21 personas a las que se les cortó atrocemente el camino, en su madurez o en plena infancia. También la indignidad con que algunos rehusaron atribuir la conducta a quienes pusieron el explosivo en un lugar donde solo podía hacer un daño indiscriminado, para cargarlo en la cuenta de quienes gestionaron como pudieron la deficiente información suministrada por los verdugos, en una de tantas ocasiones en que se amenazaba de bomba por aquellos oscuros días.

Igualmente es momento a propósito para recordar a todos aquellos que, ya fuera suscribiendo ese comunicado, ya ayudando a cosechar votos, vinieran a convalidar de un modo u otro tal alarde de insensibilidad. El tiempo pasa, los muertos quedan atrás, pero los vivos continúan. Aquel portavoz Sánchez, que desde la Crida combatía entonces la castellanidad que desprende su apellido, sigue en la brecha, como líder de la influyente asociación que impulsa la declaración de independencia.

Y es que, a veces, la Historia retorna de manera inoportuna.

Sun Tzu en el Éufrates

Érase una vez un impetuoso líder mundial que no había leído, o si alguna vez lo leyó se le había olvidado, *El arte de la guerra* de Sun Tzu. Quizá por eso no pudo tener en cuenta los sabios consejos del viejo general chino, y en particular este: «Por lo general, en la guerra es preferible preservar un país que destruirlo». En la ignorancia de tan juiciosa advertencia, el líder mundial decidió resolver unas cuentas que tenía con un líder no mundial, y de paso alcanzar algunos objetivos añadidos, aplastando primero su ejército, sin privarse para ello de arrasarlo poblaciones e infraestructuras, y desmantelando después por completo el país en que este segundo líder ejercía su tiranía. No solo envió al paro a los soldados vencidos, sino también a los policías y todos los funcionarios, sobre los que hizo recaer el estigma de haber servido a su adversario. El resultado no se hizo esperar: por el país desmantelado se extendió el caos, y al calor del caos medraron toda clase de aventureros y malhechores.

Cuando se encontró con el desaguisado, el líder mundial no se alteró. Para eso comandaba una coalición internacional que tenía una absoluta superioridad militar sobre el terreno. Reprimió con dureza a insurgentes y maleantes y llenó las prisiones de detenidos. En estas cárceles fueron a dar con sus huesos, entre otros, un buen número de rebeldes que combatían en el nombre de Dios (o lo que es lo mismo: de su idea de Dios); individuos fanatizados a quienes la prisión no disuadía, ni mucho menos, sino que suministraba una ración de rabia suplementaria para proseguir la lucha. Uno de ellos, a quien sus captores consideraban un preso de confianza, porque no armaba alboroto, recibió permiso para ir a otras cárceles a aplacar a los levantiscos. Permiso que el preso aprovechó, y de qué modo.

En lugar de convencerlos de que se sometieran al poder de los invasores, lo que el preso de supuesta confianza hizo fue el inventario de todos los insumisos, a quienes exhortaba a fingir docilidad para, una vez liberados, reunirse, organizarse y lanzarse contra el enemigo en pos de un desquite en toda regla. La empresa parecía quimérica, pero logró llevarla a cabo. Hasta tal punto que se hizo con un buen pedazo del país en cuestión y con otro del país colindante, según la raya más bien arbitraria dibujada por unos extranjeros un siglo atrás. En ese empeño, consecuencias de ignorar la sabiduría china, contó con la complicidad de muchos de aquellos militares derrotados y despedidos, cuya competencia en las cosas de guerrear le permitió formar un ejército que se enfrentaba con éxito a las unidades improvisadas y desmoralizadas que después de la retirada de la coalición quedaron sobre el terreno para defenderlo. Cuando sus aguerridas huestes capturaron

la segunda ciudad del país, el antiguo preso, investido de un liderazgo indiscutido, se proclamó califa.

El territorio de su califato es impreciso y discontinuo, apenas vertebrado por un río, el Éufrates, que vio nacer y morir a tantas civilizaciones. Desde que proclamó su Estado, el califa se las ha de ver con una poderosa coalición internacional, que lo busca sin tregua y que bombardea a diario sus posiciones, aunque no logra desalojarlo. Como cualquier jefe militar, necesita aducir victorias frente a los suyos, reto difícil cuando se está en inferioridad. Así y todo, se las ha ingeniado para apuntarse sus tantos. Por ejemplo, capturando viejas ruinas desprotegidas que para él no valen nada y a las que el enemigo es peculiarmente sensible. Y de otro modo, más sutil y atroz: infiltrando tras sus líneas agentes que golpean al unísono sin que quepa detenerlos, porque salen de la nada y atacan sin contemplaciones.

Dice Sun Tzu: «Sutil hasta el punto de no tener forma, inescrutable hasta el punto de ser inaudible». Diríase que a orillas del Éufrates sí que lo leen. Cuidado con subestimarlos.

Tristezas de Varufakis

La historia es larga, espesa, embrollada, y hasta sus últimos detalles y consecuencias pocos la entienden. Incluso entre quienes la cuentan o en los últimos días no dejan de comentarla en toda suerte de tribunas y tertulias. Todo viene de muy atrás, quien sabe si de los lejanos días del siglo XIX en que los griegos conquistaron su independencia de los turcos, desde los que su Estado nunca ha terminado de funcionar y se han reiterado los episodios de impago de sus deudas. Por el camino, han metido la mano y la cuchara otros muchos, entre los que en épocas recientes hay que contar a los gobernantes de izquierda y derecha que se alternaron en el poder desde la caída de la dictadura militar en 1974 y a los bancos, no precisamente griegos, y muchos de ellos alemanes, que prestaron más de la cuenta y a los que hubo que socorrer so capa de estar rescatando a Grecia.

En estos días pasionales y apasionados, los griegos salen a la calle a clamar contra los acreedores que los esquilman y los ahogan y la Europa que los ningunea, y en los medios europeos se alzan voces que afean a los griegos su afición al dinero negro, la engañifa contable y la indisciplina que les lleva a gastar lo que no tienen y de ahí al abismo que ahora miran. El gobierno griego, dirigido por un nacionalista de corte marxista, pone todo en manos de las urnas en un referéndum exprés en el que será el soberano pueblo de Grecia el que emita un veredicto. En el lado de enfrente se propone, no sin cierto sarcasmo, un referéndum en los demás países del Eurogrupo para ver si se sigue limosneando a una gente que muerde la mano que le da de comer.

Y así sucesivamente, en una comedia, o tragedia, en la que, sea quien sea el que tenga la razón, o incluso si ambas partes la comparten o ninguno la tiene, la evidencia que cristalinamente se impone es el precipitado y defectuoso diseño del euro y la debilidad de Europa como potencia política y económica.

Y es que ese es el dilema: si la ortodoxia económica obliga a sacrificar a uno de los nuestros, tenemos un problema político, una falta escandalosa de credibilidad como espacio común de solidaridad y proyecto de futuro. Si la solución política implica ignorar trapacerías y tretas sin cuento, como sugieren los críticos de Grecia, el euro jamás tendrá la deseada solidez.

En medio de todas estas turbulencias, mientras el primer ministro griego se multiplica en mensajes a la nación exhortando a plantarse ante Europa y los acreedores, y los dirigentes del Eurogrupo sostienen con perfil bajo un adusto «hasta aquí hemos llegado, vosotros veréis», hay un hombre que guarda relativo silencio. Es un hombre que no pasa fácilmente inadvertido, y en otros momentos se ha mostrado expansivo y lenguaraz. Profesor de economía, experto en la teoría de

juegos, ha sido durante meses el negociador griego, y de sus declaraciones públicas se desprendía que trataba de llevar a la práctica la teoría sobre cómo desatracar un problema jugando las propias bazas en función de lo que puede jugar el contrincante. Quizá no siempre, pero así pueden leerse sus invitaciones a crear espacios donde nadie se vea entre la espada y la pared. En vísperas del referéndum se le ve taciturno, con la sonrisa, antaño tan dentífrica, desmayada y desvaída. Una cámara de televisión lo sorprende aparcando su moto en medio de una multitud que lo aclama y de la que se zafa con un gesto de contenida amargura.

Apenas ha abierto la boca para decir que el lunes siguiente al referéndum, si vence la opción contraria a la que defiende su gobierno, ya no será ministro de Economía. Esta semana ha vivido cómo lo echaban de una reunión de ministros en Bruselas para seguir debatiendo sin él. Pero quizá la causa de su abatimiento sea más profunda. Quizá ha percibido que los socios europeos, después de años poniendo remedios y cortafuegos que neutralicen los efectos de una reacción incontrolada, están dispuestos a dejar caer a su país. Y sabe lo que eso implica.

Su cargo está ahora en manos de sus conciudadanos. Viéndolo, no parece seguro que desee que lo confirmen en él.

28 (la historia más triste)

La historia más triste sucede por dos veces en la misma jornada y en la misma comunidad y provincia: Barcelona, Cataluña. Pese a la duplicación, pasa relativamente inadvertida. Son otras las cosas que ocupan al mundo y a Europa (si los griegos acabarán saliendo o no del euro, por ejemplo), otras las que acaparan los titulares de los diarios españoles (si Mariano realmente está renovando su partido o se ha limitado a ponerle un logo desafortunado y como portavoz a dos simpáticos locutores treintañeros) y también otras las que marcan la actualidad en Cataluña (si a Artur finalmente sus socios-enemigos David y Oriol le dejarán ir en la lista soberanista que ha de cruzar el mar Rojo rumbo al Canán de la independencia próspera y feliz).

Sin embargo, la historia más triste sucede, y por dos veces, y debería ser atendida, porque lo que se reitera significa algo, y lo que esta reiteración pueda significar sobrecoge y espanta a partes iguales. La historia más triste, algunos lo saben, es que los padres sobrevivan a los hijos. Pero tiene una variante espeluznante, por fortuna mucho menos frecuente: que los padres sobrevivan a sus hijos después de ser quienes los matan.

Primero sucede en Nou Barris, un barrio popular de la capital, donde dos padres jovencísimos, apenas en la veintena, deciden el domingo por la noche llamar a una ambulancia para su hijo de 28 días. Cuando los médicos lo examinan, descubren que tiene el fémur fracturado, varias costillas rotas y otras lesiones que evidencian maltrato, especialmente cuando la padece una criatura indefensa de cuatro semanas. Como consecuencia de la intervención médica, los padres acaban detenidos por los Mossos d'Esquadra. Cuatro días después, el jueves 9 de julio, el bebé muere en la UCI pediátrica del hospital Vall d'Hebron a consecuencia de las heridas infligidas por los dos jóvenes, casi niños para los estándares actuales, que le dieron, vaya usted a saber con qué conciencia y qué voluntariedad, la vida y el ser.

En la noche de ese jueves fatídico, un matrimonio mucho mayor, en este caso en torno a la sesentena, él empleado de banca prejubilado, ella enfermera aún en activo, toma una atroz decisión: la de acabar con la vida de su hija de veintiocho años, discapacitada psíquica. Para que nadie malinterprete lo que se disponen a hacer en una carretera local, dentro del término municipal de Pontons, en el Alt Penedés, dejan una nota a su otro hijo y llaman a la comisaría para avisar de sus propósitos. Con la escopeta del padre, que dispone de licencia de armas como cazador, acaban con la vida de su hija y posteriormente se dan muerte los dos progenitores. La escopeta aparece sobre él, lo que permite deducir que se quitó el último la vida, después de

acabar con la de su esposa. En Les Cabanyes, el pequeño municipio de donde eran vecinos, no entienden qué pudo pasar por la cabeza de estas dos personas, muy implicadas en iniciativas sociales del pueblo, para llegar a dar tan dramático paso. La lógica solo ofrece una respuesta para tres vidas tajadas de golpe, tras tres décadas de esfuerzo paternal: un ataque de desesperación.

Veintiocho días, veintiocho años; una imprudencia brutal, una decisión premeditada y no menos brutal. En ambos casos, quizá, personas enfrentadas a una responsabilidad que había llegado a exceder sus capacidades: en un caso por inmadurez, en otro por desgaste, por desaliento, quién sabe por qué.

Hablan del club de los 27, por todos los cantantes famosos que murieron a esa edad, y antes de cumplir el vigésimo octavo año de vida (Janis Joplin, Kurt Cobain, Jim Morrison, Amy Winehouse). Este otro club de los 28, formado en Barcelona, Cataluña, España, en las 24 horas funestas del 9 de julio de 2015, tiene quizá menos *glamour*. Pero ese bebé, esa mujer joven, esos padres, nos interpelan. No pueden pasar inadvertidos.

Con normalidad

Lo que me propongo, muy resumidamente, es quebrar y deshacer el país cuya primera magistratura ostentas. A tales efectos, es mi intención ignorar la Constitución y las leyes que ya desde niño juraste guardar y hacer guardar, esa misma que las Fuerzas Armadas cuya jefatura también ejerces tienen como misión esencial defender. El resultado final de mi plan es que varios millones de tus compatriotas, todos los que según las encuestas, incluidas las más optimistas para mis propósitos, no apoyarán mi maniobra, quedarán convertidos en extranjeros en la tierra que en muchos casos les vio nacer, y en la que todos, de una u otra manera, vienen llevando su vida y sus afanes.

Pero eso sí, con normalidad. Por eso, ya que me convocas a palacio, acudo al encuentro armado con una sonrisa y eludo a los periodistas que quieren pedirme explicaciones embarazosas sobre nuestra entrevista. Como ha dicho previamente mi recién estrenada portavoz, para que quede clara la idea, esta cita se enmarca en la normalidad institucional, y todo lo que me sacan los reporteros malévolos es que vengo en son de paz. Hace ya bastantes meses, quizá años, que la lógica de las acciones y los argumentos no es mi principal preocupación. De ahí que pueda permitirme con toda soltura alentar un proceso que tiene como principal argumento que el desgajamiento de tu país representará para los míos la liberación de la cochambre que tú y los tuyos encarnáis; o que una y otra vez manifieste, de forma expresa o tácita, la superioridad de mi proyecto nacional respecto de la chapuza infame que ha sido, es y será el que tú encabezas, y luego me pueda plantar aquí a decir que no pasa nada, que todo es sin ninguna acritud.

Que os cueste entenderlo, a ti y a los que creen en ese país disfuncional del que eres jefe del Estado, no es sino una muestra de vuestro cerrilismo y de vuestra incapacidad democrática; la misma que os impide comprender que la manera de decidir el lugar de un pueblo, en el mundo y en su entorno, se resuelva a golpe de manifestaciones coloristas y se acabe traduciendo en una lista donde se enmascaran las siglas. Una lista donde el número uno va disfrazado de número cuatro pero con el mango de la sartén en la mano, que para eso tiene la llave de convocar o no las elecciones (llave otorgada por esa ley y esa Constitución vuestra, justamente) y la juega para doblarle el brazo a quien no querría ir con él pero se ve compuesto y sin juguete si se niega.

Eso mismo, la falta de visión, lleva a los tuyos a censurar la táctica consistente en engañar y eludir vuestros controles legales mediante la astucia de hacer lo que nosotros queremos hacer pero llamándolo de otra manera en las normas y los actos administrativos que podríais

impugnarnos, o ignorando sin más las resoluciones de vuestros tribunales y dejando que por la vía de hecho se vayan abriendo paso nuestros intereses. Tampoco es ajena a vuestra poca agudeza democrática la perplejidad en que parece sumiros el hecho de que planteemos unas elecciones para elegir un gobierno que no se propone gobernar, sino disolver cuanto antes el parlamento y volver a llamar a las urnas.

En definitiva, no habéis alcanzado a comprender jamás que lo que queremos y necesitamos es arrojarnos todos los derechos y que os hagáis cargo de nuestras deudas (de las que según nuestro relato nos habéis causado vosotros, o sea, también todas), y a partir de ahí iniciar una singladura libre, veloz y feliz mientras os contemplamos zozobrar por el lado de babor. Y que antes de hundiros, como algún día puede suceder, dada vuestra ineptitud, no dejéis de colaborar para que nos acepten en todos los clubes en los que nos interesa seguir, desde el euro y la UE hasta la Liga BBVA, donde el Barça desea competir. No os debería costar tanto asumirlo, cuando todo lo planteamos desde la democracia, la cordialidad y, sobre todo, la normalidad.

El arte de tocarse los huevos

Ahora que lo sabemos todos, es casi inevitable retrotraerse al momento en el que lo supo el primero. Qué pensaría ese o esa guardia civil que escuchaba el teléfono pinchado cuando el héroe de este cuento soltó la frase que lo retratará para siempre:

—Prepárame pasta, que me voy de vacaciones.

Tampoco hay que ser demasiado imaginativo. Pensaría lo mismo que pensamos todos los contribuyentes que lo averiguamos bajo el calor canicular de este fin de semana de julio. El tipo que recibe el pedimento no pone la pasta que el pedigüeño, diputado autonómico y ex alcalde para más señas, le reclama para poder hacer frente a sus gastos de recreo, dado que, según su propia confesión, se funde todo lo que gana. Esa pasta, previamente sisada de contratos públicos adjudicados a precios indebidos, gracias a la connivencia con, entre otros, el manirroto parlamentario, la ponemos todos y cada uno de los que abonamos los múltiples impuestos que gravan nuestra existencia. El albañil o el administrativo o el ingeniero que entrega al fisco una parte de su jornal; el ciudadano o ciudadana que palma el 21 por ciento de IVA sobre casi todas sus facturas, lo mismo si tiene capacidad contributiva como si no; la viuda que no llega a fin de mes pero tiene que apartar para pagar el IBI de su piso.

Cuando el diputado le dice al conaseguidor que le prepare la pasta, en realidad nos interpela a todos los que día a día, con el sudor de la frente o el desgaste de nuestras meninges, llenamos la hucha de donde el que lo compró saca los euros para pagar su mordida. Nos pide, y sin oírlo ni ser conscientes de ello le concedemos la petición, que le alleguemos la pasta que necesita para sus vicios, tras fundirse la que cobra por representarnos.

Por representarnos... Válga la licencia poética.

Y es que en la misma conversación desliza otra perla con la que terminará de grabar su nombre, no precisamente en letras de oro, en los anales de la democracia hispana y planetaria:

—Aquí estoy, tocándome los huevos, que para eso me hice diputado.

Con solo tres palabras, nuestro héroe ha culminado una proeza homérica: la de echar abajo el discurso levantado durante décadas por cientos (o miles) de candidatos y diputados electos. Las promesas de todos ellos de dejarse la piel por sus conciudadanos, la retórica sobre la importancia de la labor legislativa, la solemnidad con que se dicen portavoces del pueblo o padres de la patria quienes ocupan un escaño, el aura que en razón de esa condición los reviste y lleva a otorgarles tratamiento de señoría, aforamientos, dietas, prebendas y honores sin cuento.

Todo ese blablablá, gracias a la intimidad y la franqueza de una conversación que no debía ser escuchada, y menos aún grabada, y menos aún difundida a los cuatro vientos, queda refutado por la contundente descripción del trabajo del diputado como el arte de tocarse los huevos. Ahora vendrán sus pares, empezando por los que fueron elegidos bajo sus mismas siglas, a rasgarse las vestiduras, hacer toda clase de aspavientos y marcar toda la distancia posible con el indeseable, al que le negarán incluso la mención de su nombre y apellidos para degradarle a la más ominosa categoría concebible: la de «ese señor».

De nada servirá. Los secretos lo son, solamente, hasta que el primer bocazas los echa al aire. O los cuenta por un teléfono que solo un necio, con lo que está cayendo, no se imagina que haya podido ser intervenido. Ahora ya está dicho, y también escuchado. Ahora ya nadie puede borrar que un patán semejante se permitió jactarse de tocarse los huevos mientras teóricamente nos representaba y en realidad se aplicaba a robarnos.

Fallo del sistema. No bastará con ponerle un parche.

La plaga y el enjambre

Nuestro protagonista sabe inglés, pero no tanto como para terciar en la discusión filológica planteada tras el uso por parte del primer ministro británico Cameron de la palabra «swarm» para referirse a los inmigrantes que se apiñan en Calais para intentar pasar a Gran Bretaña por el Eurotúnel. No puede rebatir, por tanto, a quienes insisten en que la palabra significa simplemente «enjambre», y que suele aplicarse a personas, cuando se trata de muchas, sin mayor connotación negativa, del mismo modo que aquí hablaríamos de una «nube de gente». Tampoco sabe si los que aseguran que la palabra viene a girar en el inglés coloquial como sinónimo de «plaga» lo hacen con fundamento o tan solo se dejan mover por la malevolencia y las ganas de dejar mal a quien ha dado en emplear ese vocablo. Lo que consta es que en origen la palabreja sirve para aludir a insectos, detalle que dicho sea de paso han repudiado no pocos británicos, que algo sabrán de su propia lengua, y su uso no deja de resultar muy revelador.

Nuestro protagonista, que sigue las informaciones de Calais con interés, ve en televisión las imágenes de los inmigrantes sorteando a los gendarmes franceses y saltando por alguno de los múltiples coladeros que les ofrecen los casi treinta kilómetros de valla que protegen precariamente la entrada al túnel. Ante esas imágenes, no podrá reprimir una sonrisa, al pensar en la ínfima dificultad que esa vallita, erizada de espinos y todo, opone a la ingente desesperación de quienes quieren atravesarla.

También ve en la tele las portadas de la prensa británica, en las que ante el problema creado (que se les cuele gente, por un lado, pero también que los tumultos que se forman y los muertos que de vez en cuando se producen por electrocución o arrollamiento ocasionen demoras en el túnel) se propone una solución eminentemente humanitaria: que se envíe al ejército a taponar el agujero. Provisto, se entiende, de lo que el ejército tiene para realizar tareas de ese jaez, que no son precisamente ramos de flores para recibir a quienes logren alcanzar la isla.

Cameron, que no precisa de momento si pondrá tanques o no a la salida del túnel, dice sin despeinarse que hay que evitar que ese enjambre, o esa plaga, esos seres humanos que zumban como insectos alrededor de la miel, al fin y al cabo, se infiltren en su país, que goza de unas envidiables tasas de crecimiento y empleo y que, recalca, es un lugar increíble para vivir. Dicho en plata: que esos desgraciados que vienen empujados por el hambre o la guerra, o por la guerra y el hambre, por hambres y guerras en las que el Reino Unido, antigua potencia colonial y hoy potencia con presencia económica y militar internacional, alguna tecla pudo tocar, deben quedarse

al otro lado del túnel, cargando su peso sobre las espaldas de esos socios europeos que lo son, y eso no se discute, para todo lo que reporte ventajas, pero no está tan claro que lo sean para cualquier asunto que pueda resultar de algún modo oneroso para los intereses británicos.

A esos efectos, antes de irse de vacaciones, mantiene una conversación telefónica con el presidente francés, al que le ofrece incluso ayuda financiera para poner diques en origen a la marea marrón que se cierne sobre la isla. Pero si eso no funciona, que nadie descarte que acabe recurriéndose al drástico remedio que la prensa propone; y si los soldados se despliegan, y a alguno, es un suponer, se le escapa algún tiro que le dé a un inmigrante, que nadie cuente con que le pidan cuentas, ni sus jueces, ni los funcionarios bruselenses que tan probos y férreos se muestran con las deficiencias del control de fronteras más al sur.

A nuestro protagonista jamás se le pasaría por la cabeza llamar plaga, ni enjambre, a los inmigrantes. Jamás, ni aunque lo agredieran, abriría fuego contra ellos. Pero no trabaja en Gran Bretaña, sino en Melilla. Por eso, y por mucho menos, estuvo imputado. Imagine el lector lo que pasa ahora por su cabeza.

Quien salva una vida

Corren tiempos de certezas y desprecios. Es difícil precisar qué viene antes: si la capacidad de despreciar a los semejantes, que predispone al dogmatismo, o la aptitud para creer a pies juntillas, que trae como consecuencia la soltura para repudiar a quienes no suscriben el credo incuestionable o, como fomentan muchos de los credos en circulación, a todos aquellos que pertenecen al colectivo o los colectivos contra quienes se afirma la fe.

Dondequiera que uno pose la mirada, se encuentra con esa saña que impregna por igual la plegaria (en todas sus formas, también las laicas basadas en banderas, himnos o ensoñaciones patrióticas más o menos fundadas) como el denuedo, el estigma o el ataque físico (con y sin armas) del que se hace objeto al otro: al disidente, al infiel, al forastero, al fuera de sitio.

Incluso diríase que la mayoría de las creencias, y la mayoría de las conciencias grupales que mueven el mundo, demuestran especialmente su vigor en el ataque a los que no satisfacen los requisitos para la pertenencia: los que rezan a quien no se debe, los que carecen de un visado en regla, los que no se apuntan a la convicción que el grupo en cuestión estipula que prevalece sobre cualquier otra consideración, individual o general. Pensar por uno mismo, salirse del rebaño, de la movilización, equivale automáticamente a integrar el bando enemigo, y el enemigo es un ser deleznable con el que no hay que andarse con miramientos. Se le hace sentir su exclusión, el aborrecimiento sin cuartel que su sola existencia suscita en la grey que lo enfrenta.

Por eso, y porque es bien sabido que más vale lo que más escasea, lo que en este agosto canicular acontece en la muy maltratada Palestina tiene un valor incalculable. Sabemos de ello porque, como suele suceder en la era del *homo smartphonensis* (aunque en este caso se trata de un fotoperiodista), hay alguien que registra la imagen con su cámara. En la fotografía se ve a una aterrorizada policía israelí, bastante poco protegida, dicho sea de paso (sin chaleco, sin casco, apenas armada), flanqueada por dos civiles palestinos que alzan los brazos para protegerla de la lluvia de pedradas que sus compatriotas y correligionarios juzgan procedente desencadenar sobre una judía que se les ha puesto providencialmente a tiro. Quien no tiene en la memoria guardado el agravio de un policía o un soldado israelí, se nutre con el relato de los sufridos por otros; y si eso no fuera bastante, todos tienen quien les predique, casi a diario, que ellos son los depositarios de la verdadera fe y los de enfrente perros sarnosos que deben ser expulsados y exterminados. La sucia perra judía, vestida con el más odiado uniforme, no merece compasión.

Pero he aquí que esos dos hombres se la prestan, y van y se interponen entre ella y las piedras,

lo que a juzgar por el cariz que tomaban las cosas, y lo caldeados que están los ánimos en estas fechas, probablemente equivale a salvarle la vida. Hay una frase del Talmud que todo el mundo sabe gracias al cine, lo que al menos certifica su utilidad como difusor de la cultura menos frecuentada por la mayoría: «aquel que salva una vida, salva el mundo entero». Nos la propone Spielberg para enaltecer a ese ambiguo Oskar Schindler que salvó de la cámara de gas a los hebreos que antes había usado como mano de obra esclava, y quizá proceda recordarla para estos dos palestinos, que con su gesto suscitan la bendita duda de si ellos, los de la media luna, y los de la estrella de David, están verdaderamente abocados a aborrecerse y matarse entre sí por los siglos de los siglos.

En ese instante que inmortaliza el fotógrafo, esos hombres que amparan a una mujer salvan al mundo, y aunque el Talmud no lo diga, lo primero que salvan es a sí mismos y a la comunidad a la que pertenecen. La piedad no redime al que la recibe, sino al que la otorga. Esto, hermanos, hemos olvidado.

Un hombre así

Un hombre así, aunque todavía vayan a tardar unos meses en juzgarlo, soporta a duras penas la etiqueta de presunto. No es solo su historial (condenado por sentencia firme a prisión por secuestrar a una pareja anterior), no es solo que las dos chicas desaparecieran justo cuando una de ellas había de ir a casa de él para recoger algunos enseres personales, no es solo que el sujeto hubiera comprado previamente la cal que cubría la fosa en la que aparecieron los dos cadáveres. No es solo, tampoco, que coincidiendo con la desaparición de las chicas se diera a la fuga y atravesara media Europa para reunirse con un colega rumano al que conoció en la cárcel, y junto al que fue detenido.

Es cada una de esas cosas y la suma de todas, más algunas otras que han ido desvelándose en solo unos pocos días, y las que cabe prever que se desvelarán en el inmediato futuro.

Un hombre así, capaz de asesinar con premeditación (puntualicémoslo, aunque nos cueste: presuntamente) a la mujer que consintió relacionarse con él pese a su historial de maltratador, de meter en el mismo paquete homicida a la amiga que fue a acompañar a su ex novia a esa recogida fatal y de deshacerse de ambas enterrándolas en cal viva en un lugar apartado, con la intención inequívoca de que sus parientes jamás tuvieran el mínimo consuelo de que les fueran devueltos sus restos, un hombre así, que demuestra la inhumanidad más absoluta, no será probablemente condenado a la pena máxima, porque solo fueron dos las asesinadas, porque ninguna tenía menos de dieciséis años y porque parece, a juzgar por los primeros indicios, que tuvo la precaución de no abusar de ninguna de ellas antes de matarlas. No sabemos muy bien para qué sirve la pena máxima, llamada desde el 1 de julio «prisión permanente revisable», pero no deja de resultar amargamente sarcástico que el legislador que la introdujo, con fines ejemplarizantes, dejara una rendija del tamaño suficiente como para que por ella se colara este monstruo.

Un hombre así, capaz como se ha demostrado de delinquir gravemente contra la libertad y la vida de al menos tres mujeres, ha podido hacerlo sin que se lo impidieran las leyes y los instrumentos desplegados para proteger a las víctimas de violencia de género, que a diario despachan órdenes que restringen los derechos de miles de personas que no han demostrado (y eso es un hecho que no debe manipularse para procurar impunidades pero tampoco deja de resultar incómodo) la pertinaz compulsión destructiva que él ha exhibido. Y ese fracaso interpela a quienes legislan y a quienes aplican la ley, pero también a todos los que viven en la sociedad que no supo proteger a esas mujeres.

Un hombre así, admitámoslo, aunque pese y escueza, dice poco de cómo estamos educando a nuestros niños y hombres, en la medida en que esa educación haya podido darle pie, y alguna sospecha podemos tener de que se lo dio, a no considerar a tres mujeres como seres humanos libres sino como objetos sobre los que desahogar sus sórdidas frustraciones. Y también, por otra parte, atestigua que a nuestras niñas y mujeres no acertamos a proporcionarles la información y el sistema de alertas que les permita evitar, cuando aún no forma parte de sus vidas, que un individuo semejante se meta en ellas para truncarlas.

Un hombre así, que ahora lloriquea para que no le extraditen desde Rumanía alegando que los parientes ucranianos de una de las fallecidas amenazan su triste vida, y que redondea con ello el desprecio unánime que va arrastrar sobre su cabeza durante el resto de sus días, también tiene padre y madre; acaso los más desdichados del mundo, después de los que perdieron a sus hijas por su funesta mano. La madre no ha querido dejar ningún lugar a dudas: «Le deseo lo peor a ese cabrón».

Un hombre así, en fin, pronto volverá a estar a cargo de un centro penitenciario. Y qué demonios van a hacer con él.

La suerte de Ayoub

Si Ayoub hubiera tenido más suerte, o digamos una suerte diferente, sería muy otra la historia que estaríamos contando. En ella habría posiblemente un reguero de cadáveres, y el suyo sería con toda probabilidad el que cerrase la cuenta. Nadie normal consideraría una fortuna formar parte de una lista de difuntos, pero Ayoub, adocinado en una mezquita radical española y entrenado en Siria por los secuaces del califa de la bandera negra, tiene toda la pinta de haberse postulado para mártir. Quien embarca en un tren de alta velocidad francés con un fusil de asalto y trescientas balas, y decide además utilizarlo contra los pasajeros, debe contar con que más pronto que tarde se presentarán unos tipos bien entrenados con la instrucción de abatirlo.

Con lo que no contaba Ayoub, seguramente, era con que en el vagón en cuyo baño decidió montar su fusil hubiera un veterano de Afganistán familiarizado con el ruido que hace el AK-47 al encajarle el cargador y tirarle del cerrojo, lo que le puso sobre aviso antes de que saliera a cometer su matanza, y menos aún con que junto a ese veterano hubiera otro y un entrenador de *rugby* con ciertas nociones de cómo placar e inmovilizar a una persona. La acción combinada de los tres conseguiría reducir a un herido de bala y otro por arma blanca el pírrico balance de su pretendida escabechina a la mayor gloria del califato.

Es posible que Ayoub, un chaval de tantos nacido en Tetuán, que sin apenas expectativas de futuro emigró al otro lado del estrecho, enredado una temporada en el menudeo de droga antes de entregarse a la catarsis de la fe integrista, e instruido vaya usted a saber cuánto y cómo en su paso por Siria, tampoco resultara ser el guerrero más efectivo y letal. Con todo, contando con el factor sorpresa y con la ventaja del arma, no cabe duda de que a la hora de la verdad ha resultado ser un cenizo para la causa. En vez de uno de sus siniestros éxitos, el califa suma un fiasco, y el amargo sabor de la satisfacción del enemigo.

Dicen que Napoleón, el tipo que mandó como nadie en el país de donde procede el tren que registra el frustrado ataque, solía preguntar a los coroneles en quienes veía posibles generales si tenían suerte, para confirmar o descartar el ascenso. A su manera, el lobo solitario de la yihad se convierte en una mezcla de soldado y general. Como el soldado, empuña el fusil en primera línea; como el general, decide el instante y el espacio del ataque y se da a sí mismo la orden de asalto. Quizá quienes despachan a estos meteoritos para golpear al infiel en el corazón de su retaguardia empiecen de pronto a preguntarse si se trata de gente con suerte o de infelices tan notorios como Ayoub.

Ahora, en manos de la policía, sin víctimas mortales ni martirio que echarse al currículum, Ayoub pretende ser un ladrón que se encontró la ferretería bélica en un parque y decidió robar en un sitio tan poco propicio como un tren a trescientos kilómetros por hora y perfectamente controlado a lo largo de todo su itinerario por sistemas que alertan de cualquier incidencia. No parece que en el entrenamiento básico que el califato ofrece a sus ejecutores haya un capítulo dedicado a urdir patrañas convincentes para no delatar a quienes suministran las armas y las órdenes. Quizá porque nadie espera que el muyahidín acabe así, en el suelo, maniatado y molido a golpes por aquellos a quienes trataba de matar. De nuevo, el factor imprevisto, el gafe de Ayoub.

Ahora, previsiblemente, lo juzgarán y le corresponderá una larga condena de cárcel que tendrá que cumplir muy lejos de su Tetuán natal y de Algeciras, donde aún viven sus padres. Toda una reprogramación, para alguien que en el momento que empuñó el kaláshnikov debió de creerse en tiempo de descuento. La suerte de Ayoub, también, es que al revés que tantos inmolados, él tendrá tiempo para recapacitar. A ver qué se le ocurre.

71 razones

En el lado climatizado del mundo, la vergüenza tiene forma de paralelepípedo metálico abandonado y repleto de cadáveres. Ya recurrió a la metáfora David Simon, el creador de *The Wire*, la serie que más ha hecho por despojar a la caja tonta del adjetivo que otros muchos le sostienen a pulso día a día y noche a noche. En la segunda temporada, el oprobio lo detona un contenedor cargado de mujeres muertas, que pone al descubierto con qué clase de iniquidad están cooperando los dirigentes de un sindicato portuario, en su desviado afán de velar por el bienestar y la nómina de sus afiliados, sin preocuparse de mucho más.

La realidad imita a la ficción, pero a lo bestia. Por eso lo que ha aparecido en Hungría son nada menos que 71 cadáveres, y en un espacio mucho más reducido que un contenedor de transporte marítimo. Los periódicos lo llaman camión frigorífico, pero las fotos desvelan que se trata apenas de una camioneta con un cajón adosado, en el que produce espanto pensar cómo pudieron hacinarse siete decenas de personas, que a la espera de las autopsias resulta evidente que no tenían oxígeno bastante para sobrevivir a un viaje que durase más de una hora.

71 personas: 59 hombres, 8 mujeres y 4 niños, uno de ellos de dos años. Todos muertos, tirados en una cuneta, descomponiéndose y fermentando bajo el calor de agosto, hasta deshacerse en un caldo nauseabundo. Entre sus restos ha aparecido algún pasaporte sirio, lo que permite reconstruir el resto del cuento. Personas que huían de la guerra, en un país dibujado por dos europeos (el francés Picot y el británico Sykes) hace un siglo justo, y desdibujado ahora por un conflicto a cuya génesis, como a otros factores que lo han hecho devastador (la descomposición del vecino Irak, otro país cuyos contornos pactaron esos mismos europeos), Europa no ha sido ajena, aunque una vez desatado el horror haya sido incapaz de aportar solución alguna para contenerlo, paliarlo y menos todavía hacerlo cesar.

Se sabe que los sirios escapan a cientos de miles desde hace meses. Y desde hace meses llegan como pueden a Europa, su única posibilidad de refugio. Se sabe cómo viajan quienes no tienen pasaporte que les abra fronteras. Se sabe de quienes se cruzan en su camino para hacerles sortear los obstáculos que encuentra el paria apátrida, y se sabe de su falta de escrúpulos, de medida y hasta de juicio, cuando los ciega la codicia. Frente a todo ello, esa Europa que encierra a sus líderes a negociar durante fines de semana enteros, cuando se trata de ajustar alguna tuerca suelta del sacro sistema financiero, no ha encontrado razones para afrontar el drama que llamaba a sus puertas y que no podía dejar de llamar, porque Siria ya es poco más que un despojo, una

escombrera humeante en la que se atrinchera un tirano y por la que campan a sus anchas los más crueles entre los crueles, aquellos que creen que así ganan el paraíso.

Los que huyen son muchos, pero representan apenas una gota en el gran océano de la población europea. Europa podría y seguramente debería (por la Historia, por la cercanía, porque no hay otra) acogerlos; pero hasta ahora, llevada por la inercia, ha preferido repelerlos como ratas en sus fronteras, para que sean los traficantes que cargan mercancía humana en camiones frigoríficos los que les hagan la ruta y les asignen país de destino. En las reuniones y negociaciones que se mantuvieron para tratar el asunto, nadie debió acertar a poner sobre la mesa razones que persuadieran a quienes participaban en ellas de que había que hacer algo más que quedarse de brazos cruzados.

Ahora ya las tienen, las tenemos, las razones. 71 razones. Piensen en la más tierna de ellas. Tan solo dos años: una edad para la que en Europa tenemos legislado, hasta el más mínimo detalle, cómo debe ir el niño asegurado en el coche. Y ahora, piensen como iría esa criatura en el camión. Frigorífico.

Aylan y nosotros

Cuando se difunde la fotografía, un imbécil (nunca falta un imbécil) deduce que es el momento de hacer una broma. Comparte a través de Twitter la imagen del niño tendido en la playa, con el rostro enterrado en la arena barrida por la ola, y escribe debajo, queriendo hacer gracia: «Buscando a Nemo». Esta reacción dictada por la estupidez más supina, que logra el mismo efecto que la peor abyección, representa acaso el escalón más bajo de la gama humana a la hora de responder frente a la tragedia insufrible de esa vida truncada sobre la arena, de ese cuerpecito inerte que un hombre ha de levantar y trasladar con toda la dignidad y toda la delicadeza de que es capaz. Uno imagina que hasta el final de sus días el hombre que lo recoge tendrá pesadillas en las que el mar devolverá a la orilla a aquel niño ahogado, Aylan, de Kobane, en el Kurdistán sirio, para que él tenga que acercarse, inclinarse y alzarlo una y otra vez.

Hay otras muchas reacciones, de muy diversa altura, tanto moral como de miras. Los hay que aprovechan para criticar la demagogia que según ellos supone publicar la foto, para tratar de provocar la mala conciencia de Europa (el niño se ahogó cuando su familia intentaba llegar a una isla griega) frente a un drama del que en su opinión Europa no es responsable y con el que no puede hacerse cargo, so pena de destruir el bienestar de los europeos, conquistado con tantos esfuerzos, al dictado de un buenismo superficial y oportunista. Alguno apostilla que de todos esos refugiados sirios que llaman a las puertas de Europa se deberían hacer cargo las petromonarquías del Golfo, que para eso son sus hermanos musulmanes. Y quien lo lee se pregunta de qué hay que tener hechos los entresijos para que eso sea lo primero que se le ocurre a uno al ver a un niño muerto.

Los hay, también, en el extremo contrario, que arrojan todas las culpas sobre la Europa insolidaria y colonialista, que ha explotado históricamente a todos los demás pueblos, que ha enredado de manera imprudente en los comienzos de la guerra civil siria, que secundó a Bush en su torpe aventura iraquí, engendradora del Estado Islámico del que huyen los refugiados de Kobane, y que ahora tiene que pagar los platos rotos sin rechistar y purgar todas sus infamias haciéndose cargo del éxodo.

Como decía André Gide, unos y otros pueden consolarse, queriendo tener razón, de no tener otra cosa. Porque en efecto no es Europa la única culpable, ni la única llamada a asumir una responsabilidad sobre la catástrofe; y también en efecto es Europa, si se pretende aún defensora de la justicia y de los derechos humanos, la que debe dar un paso al frente sin esperar a que lo

hagan quienes no lo van a hacer nunca, y menos que nadie esos países de cartón piedra troquelados hace cien años por unos codiciosos jugadores de ventaja para mejor repartirse el petróleo que seguimos quemando en nuestros coches.

Siendo ciertas ambas cosas, detenerse ahora en ellas elude lo principal. Quizá para apreciarlo sea mejor mirar otra foto de Aylan, que ha circulado menos que la de la playa. La foto en la que aparece junto a su hermano, sonriente y lleno de vida. Al mirarla, al ver la inocencia luminosa de esa criatura sacrificada, uno comprende que el mensaje que Aylan porta, y que nos interpela a todos, es el del cordero: el mismo que hace dos mil años unos hebreos heterodoxos encarnaron en un hombre que moría en la cruz. Aylan no es el cordero que quita el pecado del mundo, porque en el mundo hay demasiado pecado para que pueda con él un solo niño; pero sí será el que despierte la dormida conciencia y la cicatera piedad del mundo. Ante su luz extinguida, solo cabe inclinar la cabeza y dejar de marear la perdiz.

Se le recordará, a Aylan, como el niño que abolió el cálculo de los hombres mezquinos. De todos y cada uno de nosotros.

Ser o no ser (español)

Decía Vallejo que hay golpes en la vida que nos encogen y enmudecen. Heraldos negros, los llamó. Esto no llega a ser tan dramático, pero tiene su punto. Hay momentos en la vida que nos retratan, nos exponen y nos dejan como no queríamos. No son como aquellos heraldos negros de Vallejo, que nos remiten al fin de cualquier esperanza, pero en cierto sentido cumplen su propia misión terminal. Acaban algo, para mal o para bien.

Este momento acaece delante de las cámaras de una vieja y respetada cadena de televisión. BBC, la llaman. Se trata de una entrevista que uno de sus más incisivos periodistas le practica al candidato de cierto movimiento de emancipación nacional de un país meridional cuyas vicisitudes políticas no suelen hallarse en el foco del público y los profesionales de esa cadena, pero que resulta de pronto llamativo porque no se liberan naciones todos los días, y porque el Reino Unido de la Gran Bretaña también tiene alguna que otra nación incómoda en su propio seno.

La entrevista llega al punto al que no podía terminar no llegando, y esta acotación es relevante para enjuiciar la labor de los asesores y del propio candidato en la preparación de la entrevista. Pregunta el periodista si han pensado que ser un nuevo país implica dejar de pertenecer a y verse amparado por el país que se abandona, y en particular, dejar de formar parte de los clubes donde se está presente por razón de la pertenencia a él y de la red de convenciones internacionales por él suscritas; y más en particular, de la Unión Europea, organización multinacional articulada en torno a un sistema de tratados entre los estados miembros, que son quienes determinan, o no, la admisión de nuevos países como integrantes. No lo precisa tanto, pero es la idea que subyace, y que el candidato, hombre presuntamente bien formado y con experiencia internacional, debe saber.

La respuesta no tarda en llegar, por lo que no cabe descartar que fuera la que traía preparada al efecto. Europa no puede expulsar de su seno a 7,5 millones de personas, que además tienen el pasaporte del país del que hasta ahora son súbditos. El periodista adopta ese gesto de estupor que con tanta elegancia y aplomo bordan los británicos. Nadie ha hablado de expulsión de personas, sino de la no admisión inmediata de un país que con arreglo a la lógica del derecho internacional debe recorrer todo el camino de nuevo. Y lo que seguramente entiende aún menos el incisivo británico es que alguien niegue con contundencia su condición de algo, en este caso español, para al instante siguiente reclamarla como forma de quedar amparado frente a un resultado adverso.

El periodista debe de tener aún en mente lo vivido en su propio país, donde se planteó el debate de la posible separación de una de las naciones que lo forman, que de hecho se unieron en

su día para formarlo, tras siglos de existencia independiente, y en el que como primer argumento se puso encima de la mesa, según demanda la naturaleza de las cosas, la pérdida del pasaporte británico para quienes optaran por ser ciudadanos de un país diferente.

Quizá no sepa, por otra parte, que el candidato está invocando un artículo de la vigente Constitución española, que dispone que no puede privarse a un español de origen de su nacionalidad. Tal vez, si añadiera este elemento a su análisis, se vería todavía más estupefacto al inglés. Lo que el tipo ha ido allí a decirle es que no acepta y piensa ignorar una Constitución que en cambio deberá quedar congelada para mantenerle, a los efectos que a él le apetezca y convenga, la condición de la que reniega. Y lo dice sin despeinarse, que para eso luce lustrosa calvicie.

Lo que al final suceda, épico, trágico o todo a la vez, el tiempo lo dirá. Solo los ignorantes de vano entendimiento arriesgan pronósticos. Pero este es el momento en que la historia deja de ser seria. En que, salga como salga, un moderno Shakespeare no tendría más remedio que darle forma de comedia. Bufo.

Matrimonio, sí

Sin estar dentro de su cabeza, es difícil asegurar hasta qué punto, pero una apuesta que cuando se tramitó la ley que ahora le permite casarse con el hombre al que ama desde su juventud, Javier pasó más de un mal rato. Como cualquiera en su situación, debió de encajar con algo más que disgusto los discursos que siempre estuvieron ahí, pero que entonces se recrudecieron, incluida la intervención de catedráticos en sede parlamentaria, para sostener que lo suyo sería en el peor de los casos un vicio y en el mejor una enfermedad mental indigna del amparo y la protección legal que implica una institución como el matrimonio. Si bien el espíritu de los tiempos impedía su persecución como delito (lo que no dejaba de ser un avance, en un país en el que funcionó durante siglos un activo tribunal eclesiástico que arrojaba a la hoguera secular a los de su condición), no había razón para que la ley reconociera como si tal cosa lo que, se pusieran como se pusieran, era una conducta aberrante.

También debió de pasar lo suyo con los alrededores del debate: desde quienes alegaban que alguien como él era un transmisor de modos de vida monstruosos al que no podía confiársele la crianza de una criatura, hasta los que se enzarzaban en disquisiciones etimológicas sobre la palabra «matrimonio», y su origen en el vocablo latino «mater», para descartar la posibilidad de que se aplicara ese término a la unión de dos personas de las que ninguna podía incurrir en esa maternidad a la que según los puristas estaba inexorablemente orientada la institución. Una objeción pintoresca si se aplicaba al caso de dos mujeres, en el que la posibilidad de ser madre se daba por partida doble, lo que según ese argumento venía a ser matrimonio al cuadrado.

En este frente lingüístico, menos banal de lo que pudiera parecer, los detractores de aquella ley contaron, Javier lo recuerda, con el respaldo de la Real Academia de la Lengua, que incluso después de que la ley apareciera en el Boletín Oficial del Estado, consagrando la existencia en la sociedad española del matrimonio como unión legal de personas sin importar su sexo, rehusó incluir en su diccionario la acepción correspondiente al caso en que ambas fueran mujeres o ambos hombres.

Y aquí el narrador de este cuento se permite una irrupción para recordar la noche en que discutió aquello con un académico, por lo demás hombre afable, inteligente y de los menos atrabiliarios de la docta casa, y escuchó con estupor los argumentos que permitían a los guardianes de la lengua considerarse por encima de la ley y la realidad de su país para negar un sentido que estaba en la calle y en el mundo y estaba para quedarse, como el tiempo había de

demostrar. Por lo que aquel académico insinuó, había que esperar a que el nuevo sentido fuera de veras irreversible, esto es, alguno contemplaba la posibilidad de que algún tribunal anulara o algún gobierno derogara la ley.

Diez años después, con la ley refrendada por los tribunales, sin que ningún gobierno se haya atrevido a derogarla, y con la nueva acepción de la palabra admitida incluso en el diccionario de la Real Academia de la Lengua (tan rauda en cambio para recoger menudencias como selfi o grafiti), Javier se casa.

Lo que son las cosas: en la ceremonia comparece la plana mayor de su partido, algunas de cuyas más destacadas figuras subrayan el logro que supone el matrimonio ampliado a cualquiera que se ame al margen de su sexo. Su partido, el mismo que llevó a las Cortes a aquel catedrático a decir que los homosexuales eran unos anormales, el mismo que impugnó la ley, el mismo que se atascó en latines para ponerle barrera y dejar extramuros de la ley, entre otras, a su historia de amor.

Mientras los ve bailar la conga en la fiesta, al ritmo del *YMCA* de los Village People, es fácil imaginar lo que pensará. Que nunca es tarde si la dicha es buena, y que a quien comete un error de tales proporciones le queda siempre, aunque le lleve años entenderlo, la dignidad de bajarse del carro y rectificar.

Aquel otro 27 de septiembre

En realidad no sabemos si ocurrió en la noche del jueves 26 o en la madrugada del viernes 27 de septiembre de 1940. Lo que sabemos es que fue en la mañana del día 27 cuando el cuerpo sin vida de Walter Benjamin fue descubierto en una habitación del hostel Francia del pueblo gerundense de Portbou. Allí se había recogido la noche anterior, tras cruzar la frontera española sin permiso del gobierno de Vichy, por lo que se le hizo saber que no se le permitía la entrada y que sería devuelto al país donde lo aguardaba la Gestapo con las peores intenciones.

Walter Benjamin era uno de los mejores, acaso el más lúcido de los alemanes de su tiempo. Sin embargo, para aquellos que lo esperaban en Francia, no era ni siquiera digno de hacerse llamar alemán. Los méritos que a ojos de sus enemigos había hecho para verse despojado de esa condición eran múltiples: desde su estirpe judía hasta sus veleidades marxistas, aunque estas las ejerciera desde una posición personal y heterodoxa. De hecho, quizá este rasgo de carácter, su individualismo, era el que más repugnaba a quienes de haberlo capturado lo habrían expedido a un campo de exterminio. Merced a esa insobornable lealtad a sí mismo había roto con su maestro Wyneken en los días de la Gran Guerra, a raíz de la exhortación que su antaño admirado guía hiciera a la juventud alemana para alistarse y alimentar la picadora de carne a mayor gloria de una concepción de la patria superior a la dignidad de cada persona. Bajo esa misma premisa, había osado mofarse de aquel histrión austriaco que supeditaba a todos los alemanes a la grandeza de un Reich eterno e irrefutable, del que se creía profeta y conductor.

Mala época escogió Benjamin para postular la inexistencia tanto de conocimientos verdaderos como de verdades conocidas. Malos tiempos, también, para escribir y creer, y defender donde fuera preciso, que no hay dogmas ciertos, sino interpretaciones; que cada uno era libre y soberano para intentar la suya, desde su vivencia y su circunstancia; y que solo los auténticos artistas (no los estadistas pomposos, ni tampoco los iluminados redentores de pueblos) eran capaces con el fruto personal de su arte de preservar contra el tiempo pedazos preciosos de la verdad.

Dicen que Walter Benjamin tomó aquella noche la decisión de quitarse la vida, antes de que las autoridades españolas (caiga sobre nosotros esa vergüenza ilimitada) le entregaran a los hombres bestiales y alienados que odiaban ciegamente todo lo que él representaba: el coraje de pensar por uno mismo, de no dejarse arrastrar por el rebaño, de aceptar la soledad de quienes sirven a la trémula verdad antes que la aturdida compañía en que a menudo se juntan quienes se entregan a una mistificación que se pretende incuestionable y más grande que ellos.

Vengo en su homenaje a Portbou en la tarde del sábado 26 de septiembre de 2015, víspera del domingo en que, además de celebrarse un enrarecido plebiscito sobre una realidad nacional supuestamente irrealizada e inexorable, se cumplen 75 años del día en que lo hallaron en aquella habitación, abrazado a la maleta donde llevaba sus últimos escritos, hoy perdidos. Agasajado por la luz, el cielo azul y el mar en calma de este hermoso pueblecito mediterráneo, catalán y (todavía hoy) español, me acerco a visitar el cementerio donde reposan sus huesos (revueltos con muchos otros, en la fosa común). Este lugar donde al final, porque así de caprichosos son los caminos del destino, el judío perseguido encontró la paz, la memoria y la gratitud de quienes, alentados por sus palabras imperecederas, venimos a rendirle tributo y a contarle que su recuerdo y su obra sobreviven a la miseria moral, la crueldad y la sinrazón de sus verdugos.

Ojalá se le leyera más. Su pensamiento ilumina, en tiempos que vuelven a ser (ay) de intransigencia, fiebre y fractura.

Rodrigo y los guardias

La fortuna, que en otro tiempo le fuera tan propicia, parece definitivamente haberle abandonado. El cerco sobre sus personas de confianza se estrecha y alguna, según todos los indicios y lo que se filtra a los medios, no aguanta la presión. A saber lo que ha podido revelar después de un par de días de calabozo, en manos de unos guardias civiles que, Rodrigo se va percatando, saben qué y cómo hay que preguntar a quienes participan en tinglados encaminados a enmascarar ganancias oscuras y a escatimarle al fisco la parte que se le debe de toda renta.

Lo que pasará por esa cabeza privilegiada, a la que le fuera encomendada sucesivamente la alta dirección de las finanzas nacionales e internacionales y luego la de una de las primeras entidades de crédito del país, mientras acude en una sombría tarde de octubre a la comandancia de la Guardia Civil de Madrid para dar unas explicaciones que muy difícilmente detendrán la locomotora que ya avanza desbocada contra él. Forma parte de su infortunio que el juez que instruye la causa sienta más en el cogote el aliento de una ciudadanía asqueada, o el de todos los arruinados por la quiebra de la entidad financiera que Rodrigo dirigió, que el del partido al amparo de cuyas siglas desarrolló su fulgurante trayectoria, y que, por más que quisiera preservarle, apura sus últimos días de gobierno con mayoría absoluta.

Ese juez, más motivado por tanto para arrollarle que para tenerle en alguna consideración, dispone además de las armas más devastadoras: una Agencia Tributaria de la que él fuera en tiempos gran jefe, y cuyos funcionarios le tienen todas las ganas que puedan tenerse a quien, presuntamente, eludía lo que les tocaba recaudar y exigirles a otros; y esos hombres pertinaces y circunspectos, los guardias, a quienes su espíritu y vocación comprometen a dejarse la piel en persecución de aquello que los jueces les encomienden en su función de hacer justicia.

Lo dice su cara, cuando entra y también cuando sale de las dependencias policiales, varias horas después, sin avenirse a hacer declaraciones. Lejos quedan esos luminosos días estivales en que se arrojaba al mar desde la popa de un yate, aunque no hayan pasado más que unas pocas semanas. La vida, que como bien sabe Rodrigo puede ser de una dulzura infinita, le ofrece ahora un tazón de la más amarga hiel. Y siendo ya lo bastante mala su coyuntura, todavía es susceptible de ir a peor.

Quiere su desdicha que las imágenes de su gesto esquivo y malencarado saliendo de declarar se alternen en el telediario con las de unos compañeros de quienes acaban de interrogarle, que son noticia por razones muy distintas. Un grupo de guardias que posan junto al ministro del ramo y los

padres de una niña asesinada dieciocho años atrás, con motivo de la captura, tras esos mismos dieciocho años de tenaz trabajo de investigación, del más que probable autor del crimen. La cara desencajada y hasta algo torva del ex mago de las finanzas contrasta, para mal, con el rostro conmovido, incluso en más de un caso surcado por las lágrimas, de esos veteranos guardias, que al cabo de ingentes horas de pesquisas han logrado dar a una familia el único consuelo que puede tenerse después de que te asesinen a un hijo.

Lo malo es que alguien haga cálculos, para dejarle todavía en peor lugar. Y como Murphy siempre está al quite, helos aquí: por esos dieciocho años de denodado trabajo policial, en el que además resolvieron otros muchos crímenes, cada uno de esos guardias percibió un sueldo inferior al que Rodrigo se embolsó en un par de meses de los que pasó al frente de la entidad que hundió, y que, según las acusaciones que ahora pesan sobre él, saqueaba además, siempre presuntamente, a través de mordidas en los contratos de publicidad y del uso de tarjetas opacas.

El dios abandonó a Rodrigo. Quién va a tenerle piedad.

El regreso de Ahmed

Las nieves del tiempo platearon sus sienes, despejaron su frente y le nublaron la vista obligándolo a usar anteojos. No son poca cosa, dieciocho años, y más cuando empezaste a contar con treinta y cuatro. En su regreso al lugar que abandonó hace algo más de década y media, Ahmed parece otro hombre, mucho menos impetuoso, seguramente, que el que un día partió.

Hace dieciocho años de aquello, que sí, son bastantes, pero al fin y a la postre no han acertado a ser suficientes. No lo han sido, sobre todo, para que quienes entonces le conocieron le hayan olvidado, y por eso, en el momento en que se les presentaron unos hombres con placa preguntando por él, hicieron memoria y para mal de Ahmed se acordaron de todo lo que no iba a favorecerle. A más de mil kilómetros de distancia, en su seguro retiro francés, Ahmed seguía con su vida, y muy posiblemente con alguna amnesia más o menos voluntaria acerca de lo que no le convenía que se supiera, mientras quienes le trataron dieciocho años atrás exhumaban de algún pliegue de su cerebro hechos, momentos, actitudes que habían de ayudar a quienes intentaban vincularlo con cierto acto ominoso a persuadirse cada vez más de su culpabilidad.

No fueron suficientes esos dieciocho años, tampoco, para que los que le buscaban sin saber su rostro, ni su nombre, ni su edad ni su aspecto, desmayaran en un empeño que cien veces pareció condenado a parar en fracaso. Esos hombres, y a lo largo de los años también alguna mujer, a los que Ahmed esperaba no tener que conocer nunca, vivían con el horizonte que marcaba otro plazo, el de los veinte años en que se volvería inútil cualquier averiguación que pudieran hacer respecto de la autoría de los hechos, merced a una ley que pone a las responsabilidades, incluso a las peores de todas, una fecha de caducidad.

Ha querido la mala suerte de Ahmed que, a menos de dos años de la fecha liberadora, los afanes de sus perseguidores (que bien podían haber sido otros, menos tenaces, más resignados), el avance de la ciencia (que descifra la programación de la que todos somos portadores y que nos vincula fatídicamente a nuestros ancestros y a quienes comparten nuestros orígenes), y acaso alguna contribución de la fortuna (que siempre puede impedir lo que parece forzoso y propiciar lo que parecía imposible), se conjuren para acabar trayéndolo de vuelta a encontrarse con lo que un día creyó dejar atrás. Con esa funesta noche en que cruzó su camino con el de una niña de dieciséis años, en la que quedó el rastro que al cabo de los años había de pronunciar su nombre. Funesta, sobre todo, para ella, para quien fue la última; y ahora para él, que aterriza en el Madrid del que huyó para comenzar una etapa de su vida que nadie querría comenzar ni vivir.

Quizá por eso, cuando asoma del avión, su gesto es el de un hombre encogido, perdido, arrollado. Defrauda con su poca envergadura y con su mirada brumosa la expectativa que más de uno se hizo respecto del presunto autor de lo que se le imputa: una muerte a sangre fría y con ensañamiento, de una criatura a quien cualquiera con entrañas habría querido preservar.

Después de todo, Ahmed no es más que un desdichado que regresa al lugar en el que enterró para siempre su destino, aunque durante todo este tiempo creyera haberse sustraído a las consecuencias de lo ocurrido entonces. Un fugitivo que con su vuelta, prisionero y aniquilado, sirve de alivio a quienes hace dieciocho años perdieron lo que querían, de recompensa a los que le buscaron y de advertencia a quienes hayan podido o puedan en el futuro dar en arrebatarse a alguien lo que no es suyo ni les asiste ningún derecho a apropiarse por la fuerza. Acaso no quepa peor manera de volver al lugar de donde uno fue.

Aquella chica tendría hoy treinta y cuatro años. Los mismos que él tenía cuando ocurrió. La coincidencia, cuando menos, da que pensar.

En Lesbos, sin nombre

Estos niños, son varios, ya ni siquiera serán conocidos por su nombre. Arrojadlos por el mar a las playas de Lesbos, la isla de Safo, la poeta, los recogen inertes del agua y alguien está ahí para fotografiarlos. Para que avergüence a quien corresponda (si le queda algún pudor) la imagen de sus pequeñas vidas truncadas por la ferocidad de la barbarie y la cobardía de los intereses, con la inestimable colaboración de los criminales que siempre acechan ahí donde la falta de ley promete una ganancia.

No se beneficiarán de la atención que recibió Aylan, el niño también ahogado pero con derecho a nombre, ya que no a seguir viviendo. El niño cuyo cuerpecito vencido removi6 conciencias y por un momento pareció que iba a empujar a hacer algo a quienes podían y debían. Es verdad que la foto que nos lo arrojó a la cara era singularmente potente, y que las que les hacen a estos otros niños de Lesbos, además de su condición serial (ya se sabe: lo repetido acaba por no percibirse) no presentan tan buena composición y resultan tener mucha menos contundencia.

El *homo tuiterus* es así: va elevando a gran velocidad su umbral de tolerancia, y le niega a lo que percibe como reiterado el beneficio de la viralidad. Con lo que los niños ahogados de Lesbos pasan por el *timeline* casi sin pena ni gloria, a la sombra de cualquier *it girl* que protagonice una extravagancia ruidosa, de cualquier gladiador balompédico que padezca un esguince inoportuno, sin que se les conceda más que una fugaz presencia en las líneas inferiores de la columna del *trending topic*.

Es acaso buen momento para ponderar lo que a la postre supuso la exhibición de la imagen de aquel otro niño que les precedió. Ya se ha visto que distó de ser un toque de atención suficiente para impedir que el vergonzoso desenlace se reproduzca. Tampoco sirvió para propiciar una respuesta unánime de los interpelados por su tragedia a la vez mínima e inmensa. De hecho, el único resultado apreciable, a estas alturas, es que en los cielos de su tierra ha aumentado en volumen y diversidad el enjambre de drones y cazabombarderos que sin mucho orden ni concierto dejan caer su carga de explosivo sobre objetivos que no siempre la inteligencia les señala de manera certera. Más de uno, dicho sea de paso, y aunque de eso no haya fotos, se habrá encargado de hacer aumentar la cuenta de niños despojados de su futuro. También, gracias al ahínco y la falta de remilgos de quien da las órdenes a la última bandada de pájaros que se ha unido a la fiesta, quien en su día fue señalado como tirano y el cáncer que había que extirpar se da un respiro y recupera terreno.

Los niños que el mar escupe a las playas de Lesbos nos certifican, una vez más, que no somos dignos portadores del título de *homo sapiens sapiens* que nos legaron nuestros ancestros. No nos caracterizamos por tomar conciencia de los problemas, y menos aún por ingeniar para ellos soluciones idóneas y eficaces. Más bien nos distingue la capacidad de adormecer la conciencia con nuestra infinita capacidad de distracción, y la fatídica tendencia a hacer con lo que nos perturba y nos degrada justo aquello que asegura que proliferará en lugar de menguar.

Ni los que miran a otro lado, ni los que como reacción, tan amarga como inútil, insisten en reclamar atención y en reclamarles un nombre a estos niños ignorados de Lesbos, impedirán que cualquier otro día, mañana o dentro de una semana, alguien vuelva a sacar del agua a un niño cuya vida no debió arriesgarse en una travesía sin garantías y sin casi esperanza. Que vuelva a haber una cámara que nos ponga sobre la mesa del desayuno la imagen que más proclama nuestro fracaso como humanos. Y que después de un par de retuiteos cada vez más desgastados, después de algún artículo cada vez menos leído, todo siga como siempre, pendientes de cualquier fruslería que nos aturda.

Desvalijapatrias

La clave estaba en que alguien encontrara un hilito del que tirar. En eso y en que, una vez hallado, tirase con el cuidado y la paciencia suficientes para sacar, sin romperlo, todo lo que estaba unido a él. Quizá pensaste que no sucedería nunca, o que, si sucedía, les faltaría el cuidado, o la paciencia, y el problema quedaría en una anécdota sin demasiado peligro. En algo que podría aislarse y llegado el caso olvidarse, como todo lo que no conviene.

Pero he aquí que encontraron el hilito, he aquí que tiraron y lo hicieron con método y tomándose el tiempo y el tiento que el hallazgo y su potencial exigían. Sabían lo que buscaban. Tenían la determinación de sacarlo a la luz y exponerlo, para tu descrédito y tu desgracia. Sobre los motivos de esa determinación puedes ahora especular todo lo que quieras, incluso puedes hacer que otros especulen; pero cuando uno desentierra un dinosaurio lo de menos es cómo, cuánto y cuándo pudo o quiso cavar: lo que importa es la osamenta, el armatoste monstruoso que nos lanza un mensaje que resulta imposible de desatender.

Lo han hecho, y lo que es peor, lo han hecho respaldados por un juez, al que se las han tenido que arreglar antes para persuadir de que había materia para tomar decisiones que no se toman a la ligera. Intervenir sobre derechos fundamentales no es una broma, sino una medida excepcional de la que aquel que la dicta ha de estar preparado para responder en las condiciones más adversas: alguno que no lo estuvo ya ha tenido que devolver la toga con puñetas y la pluma de firmar y sentenciar. Si encima se trata de intervenir derechos fundamentales de alguien que ostenta un poder, con todo lo que lleva consigo, se impone medir aún más el paso. Y si quien tiene el poder lo hace en nombre de una idea superior, ya hay que estar absolutamente seguro.

Y aquí llegamos al meollo de este cuento, que era, también, tu principal protección. Has acertado a envolverte en símbolos a los que has atribuido cual taumaturgo el valor de encarnar algo que está por encima de quien quiera juzgarte. Te has consustanciado con ellos hasta el extremo de equiparar cualquier revés que te alcance a un revés que se pretende infligir a esa entidad indiscutible, y que para escapar a cualquier escrutinio toma siempre nombres que apabullan: nación, patria, pueblo... Bienes supremos de los que te las arreglas para erigirte en intérprete caracterizado y providencial salvador frente a todos sus enemigos, reales o imaginarios. Lo de menos, a efectos del cuento, es la nación en cuestión, y el símbolo con el que te embozas. Para su mal, todos los pueblos encuentran a algún salvapatrias de tu especie, los hay para servirse de cualquiera de las banderas que en el mundo ondean y consumir así su prestidigitación.

Sin embargo, algo ha salido lo bastante mal como para que el tinglado se desmorone, y tu reacción deja mucho que desear. Al ver venir el peligro, te atropellaste y cometiste errores. Y antes de verlo venir, por el contrario, fuiste excesivamente confiado: no supiste hacer un buen inventario de dónde podía estar toda la información comprometedora, ni tomaste la precaución de eliminarla de forma sistemática. El resultado es que ambas cosas, tus torpezas y tus rastros no borrados, le dan ahora munición al enemigo, y que este ha ordenado abrir fuego a discreción.

Como resultado de esta cadena de infortunios, hoy te ves examinando la jugada desde tu celda (o desde la preocupación, más o menos inminente, de acabar en una). Y de pronto el sortilegio en el que hasta aquí confiabas para librarte del oprobio se revela insuficiente. Tus vergüenzas se muestran por extenso a la luz; haría falta un trapo demasiado grande para taparlas.

Es difícil pasar, así de golpe, de redentor a desvalijapatrias. Tendrás que irte acostumbrando a no dar demasiada pena.

Un favor

Los dos jueces han aparecido una y otra vez, a lo largo de sus respectivas trayectorias profesionales, en actitud de notoria proximidad con la fuerza política bajo cuyas siglas se ampararon los presuntos corruptos. Hasta tal punto llegaron a ampararse que en el juicio para el que los dos jueces resultan designados no solo se ventila la responsabilidad criminal de las personas imputadas, sino también la responsabilidad civil de la fuerza política a la que pertenecían. El modo en que esta se ve afectada por el procedimiento penal es por tanto doble y evidente.

Sin embargo, y pese a ser requeridos para ello por alguna de las partes, ninguno de los dos considera necesario abstenerse de entender del pleito y dejar que en esta ocasión hagan justicia otros magistrados a los que nadie pueda afearles ninguna clase de cercanía con la materia que han de enjuiciar. Desde fuera, resulta difícil comprender cómo alguien sobre el que se plantea, algo más que razonablemente, una sospecha de parcialidad, más allá de su posible convicción personal de estar exento de ella, persevera en exigir a todo trance para sí la prerrogativa de ser quien sentencie el asunto en cuestión. Mucho más fácil, notablemente más cómodo y mejor visto sería, ante la menor suspicacia, dar un paso atrás y pasarle a otro el marrón de tener que soportar una vista larga y desagradable y redactar luego una sentencia que será leída con lupa y de seguro recurrida.

¿Qué extraordinario sentido del deber, o en su defecto, qué formidable convicción de poder establecer la verdad y aplicar la ley como ninguno de los demás jueces podrá hacerlo, pesan en el ánimo de los magistrados bajo sospecha para resistirse como gatos panza arriba a salirse del caso y exponerse, como la ley prescribe, a que sean sus compañeros los que los aparten?

Así las cosas, el incidente de recusación sigue inexorablemente sus pasos y llega el día en que se reúne la sala en pleno para decidir qué se hace con la espinosa cuestión planteada en torno a sus compañeros. Debe de ser un momento interesante: un debate en el que se midan las palabras y en el que más de uno prefiera, por si acaso, no abrir la boca y limitarse a votar. Es de suponer que algunos serán amigos de los afectados, y también que algunos otros los considerarán rivales, o simplemente no les serán simpáticos. Pasa en todas las oficinas; las de un tribunal de justicia también están habitadas por humanos y no son una excepción. No cabe descartar que haya magistrados que hagan abstracción de sus filias y fobias y examinen la decisión a la luz fría de los hechos, la ley y la jurisprudencia. Pero también los habrá que sientan el deber de salir en defensa

y socorro del amigo, y quienes saboreen con delectación la oportunidad de dar en la cresta a quien por la razón que sea nunca tragaron.

Todas esas pulsiones individuales se traducen en dos votaciones que determinan el apartamiento de los dos jueces controvertidos de la causa que aspiraban a juzgar. El resultado de la votación no es igual en los dos casos: en uno se toma la decisión por la mínima, en el otro por aplastante mayoría. En cierto modo, los dos quedan desautorizados, pero uno de ellos bastante más que el otro. Siempre es un desaire que te expulsen del juego al que querías jugar, pero más cuando te echan con el aplauso, o cuando menos la aquiescencia casi unánime de la grada.

La noticia debe de resultarles, pues, desagradable. También es posible que los líderes de la fuerza política comprometida en el proceso sientan que los hados se ponen en su contra. Con el tiempo, sin embargo, es posible que lo razonen de otra manera. Los jueces que impidieron impartir justicia a quien no tenía el crédito suficiente para ello les han hecho un favor. A los dos apartados, en primer término, y luego a quien se ve expuesto a la sentencia. Y ante todo, un servicio al país que la aguarda.

Alunizando voy

A los trece años, según cuentan las crónicas, sus padres perdieron el control. Pasó a manos de los centros de menores, que tampoco pudieron con él. Las drogas ayudaron a exacerbar su agresividad y ahora, con veintiún años, es un conductor temerario, casi suicida. Le basta con un minuto para forzar y arrancar un Seat Ibiza, el vehículo que prefiere para sus fechorías. A todo lo que le da el motor busca un escaparate que pueda reventar y tras el que haya un botín de rápida y fácil venta. Nada de tiendas de lujo, como los alunizeros que utilizan vehículos de alta gama y muchos caballos, BMW o similares. Sus Ibiza robados le sirven de perlas para echar abajo, por ejemplo, los vidrios de tiendas de telefonía o estancos. Sobre todo los móviles tienen buena salida. Siempre hay alguien dispuesto a comprarlos por menos de lo que cuestan sin preguntar de dónde vienen.

Actúa con determinación, sin dejar huellas y sin que las cámaras de seguridad registren nunca su rostro. Pero la policía, en este caso los Mossos d'Esquadra, que son a quienes toca velar por la seguridad en Barcelona, donde nació y opera, le siguen de cerca los pasos y montan dispositivos para cazarle in fraganti. En lo que va de año, ya le han detenido 28 veces. Otras tantas, tras ser puesto a disposición judicial y tomársele declaración, queda en libertad a la espera de juicio. Sus delitos, simples robos con fuerza, no se consideran tan graves como para decretar contra él prisión provisional. Es incontrolable, y además de conducir poniendo en riesgo la vida de los demás, se muestra bastante violento cuando le detienen, pero no ha llegado a producir ningún resultado de los que habrían podido llevarle a ir a parar entre rejas. No ha lesionado gravemente ni ha terminado con la vida de ningún conductor, peatón o agente. Por ahora.

Este regalito llega, una vez más, a la mesa de un juez. Los policías que se lo traen le cuentan sus antecedentes, le informan de su carácter, le hacen ver que se trata de un delincuente sin remedio, de un alunizador compulsivo, que tan pronto como salga a la calle buscará a sus colegas, agarrará otro Ibiza ajeno y lo estampará contra un cristal para quitarle a alguien la mercancía con la que se gana la vida, sin más propósito que venderla y seguir exento de la maldición bíblica de trabajar, que ni va con él ni está dispuesto a consentir que jamás llegue a afectarle.

Su señoría se las ve con la decisión que le toca tomar. Cabe poca duda de que el ser humano que tiene delante es un infeliz, un tipo devastado por una vida sin frenos, acaso también por su propio carácter, carne de cañón de la que dudosamente podrá hacerse nunca un ciudadano. Y sin embargo, la ley que administra no puede fundarse en esas consideraciones. Mientras era menor de

edad, ordenaba protegerle y ampararle. Ahora que ha doblado la esquina de la responsabilidad penal plena, consagra su presunción de inocencia, mientras no recaiga sobre él una condena que el juez de instrucción no puede imponerle. Y aun cuando esta pese sobre él, dispone que ha de dársele la oportunidad de reinsertarse en la sociedad contra la que una y otra vez ha arremetido al volante de un coche que no era suyo.

La prisión provisional, que sí puede acordar el juez, es una medida excepcional, que la ley, de nuevo, dice que no se puede aplicar a la gente así como así. El imputado no va a borrar ninguna prueba del delito: todas están ahí, lo pillaron en el acto. Tampoco va a huir al extranjero, lo prueban todas las demás detenciones, tras las que ha continuado como si nada, reventando escaparates de su ciudad. Y sin embargo, algo le dice al juez que ese chico no puede seguir así, creyéndose que está por encima del bien y del mal y exponiendo absurdamente al prójimo.

Lo manda encerrar. Pero la historia no ha terminado. Desde su celda, a buen seguro, el chaval ya imagina el próximo alunizaje.

La guerra viaja a París

Ni corto ni perezoso, cuando se entera de lo ocurrido en París, el oftalmólogo que probablemente ha contribuido a que más ojos se cierren en toda la Historia cree llegada la ocasión de excretar una frase lapidaria y presuntamente oportuna:

—Ahora ya saben en Francia lo que se vive en Siria.

En Siria, puestos a decirlo todo, lo que se vive es ligeramente distinto. Por ejemplo, y para que el lector se haga una idea: un grupo de hombres armados entra en una casa, en busca de alguien a quien no encuentran. Encuentran, eso sí, a su familia. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Los exterminan a todos, pero antes de acabar con la última, una niña, el que manda el grupo le dice a uno de sus hombres que la viole. El así interpelado, incapaz de llevar a ese extremo el horror, se arroja a los pies de su jefe, implorándole que no le obligue a hacer tal cosa. El jefe, pateándole, insiste, y el hombre arrodillado se revuelve contra él, movimiento que el jefe ataja descerrajándole un tiro. Acto seguido, le dice a otro hombre que viole a la niña. Este, que tiene más apego a su pellejo, cumple sin más la orden.

Esta edificante historia se la relató a la periodista y escritora Samar Yazbek, que la reproduce en su libro *La frontera*, un desertor del ejército que dirige con mano de hierro, contra su propia población, el oftalmólogo aficionado a los paralelismos. El desertor, un soldado de aquel escuadrón de la muerte, después de aquello no pudo más y en la primera ocasión se escapó para unirse a las filas de un grupo opositor al régimen. Pero la imagen del hombre muerto por no querer envilecerse hasta el último extremo (que, dicho sea de paso, era su mejor amigo) y los gritos de aquella niña, mientras abusaba de ella otro hombre conminado a hacerlo para no morir, no se van de su mente.

Después de que una partida de tipos resueltos a matar y a morir siembre el terror en París, no es la del cínico Al Asad la única interpretación de urgencia. Las reacciones se suceden, desde quien achaca el desastre al buenismo que impide plantar cara a los yihadistas, hasta quien culpa al belicismo de las Azores, pasando por las consabidas acusaciones al islam como religión incompatible con la civilización y portadora de un germen de barbarie persistente e incurable. Y siendo esos factores, junto a algún otro, parte del problema, ni lo agotan, ni es de su imputación caricaturizada de donde puede esperarse que salga una solución que permita reducirlo y, menos aún, resolverlo.

También se abren apasionadas discusiones sobre si se puede llamar a lo ocurrido «guerra»

(como implícitamente se percibe tras el diagnóstico del todavía presidente sirio), o si entrar en esa terminología es hacerles el juego a quienes solo son una banda de criminales terroristas. Y criminales son, pero el presidente francés no usa la palabra «guerra» de manera gratuita. La técnica de ataque es puramente bélica (propia de una guerra asimétrica, esto es, con sus peculiaridades, pero guerra al cabo), y quienes la dirigen, a muchos miles de kilómetros de Francia, son militares de formación y vocación, y lo que buscan, usando la carne de cañón de los musulmanes franceses que se les unen, no es sino asestar un golpe doloroso en la retaguardia y mermarle la moral al enemigo que envía contra ellos aviones de combate.

Que dispongan de esa mano de obra suicida con pasaporte francés da para meditar. Que tengan avezados oficiales iraquíes, formados en las mejores academias de occidente, y un territorio donde entrenar a sus comandos, es un regalo de quien destruyó Irak y no lo supo reconstruir, y de quien, enfrentado al clamor de libertad de su pueblo, decidió aplastarlo con bandas de liquidadores, armas químicas y bombas de racimo. Sí, ese que ahora celebra que Francia conozca el dolor. Ese con el que hay quien dice que es preciso contar para solucionar el problema.

Los guasaps de la yihad

Cuenta su madre que en los últimos tiempos lo criticaba todo y que se pasaba los días pendiente del Facebook y del Whatsapp. En la red social de Zuckerberg había anunciado su deseo de irse a Siria. Lo que hiciera por Whatsapp lo sabrán sus contactos, pero después de morir despedazada junto al cerebro de los atentados del 13-N, en un piso de Saint-Denis, no parece descabellado presumir que esa pudiera ser, entre otras, su vía de contacto con quien la embarcó en el delirio de la yihad.

La historia de Hasna, francomarroquí de veintiocho años, empezó a escribirse en una familia rota y un barrio sin demasiadas esperanzas. Al llegar a la adolescencia empezó a dar tumbos, tropezó con las drogas y comenzó su itinerario caótico. Cuentan que le gustaba el rap y salir de fiesta, que llevaba un sombrero de *cowboy* y según su propia progenitora andaba a menudo en compañías dudosas. A alguno puede parecerle incomprensible que una chica así acabara convirtiéndose en una entusiasta de la yihad. Pero si se piensa un poco resulta coherente, casi de cajón. No es, ni muchísimo menos, el primer viaje registrado del desparrame al fundamentalismo, islámico o de cualquier otro signo.

Después de probar las variadas formas de nihilismo que ofrece la civilización occidental, Hasna encontró en la yihad el tope de la gama. La droga más dura, la melodía más *heavy*. Por eso, seguramente, pasó de salir vestida para matar a enfundarse un hiyab y poco después un niqab, y casi sin solución de continuidad (y desde luego sin tiempo para aprender el Corán, más allá de los rudimentos esquemáticos que justifican el rencor homicida contra el infiel) a colaborar con los soldados del califato en su programa de venganza y terror contra el cruzado francés. Contra sus compatriotas y conciudadanos, en definitiva.

Aunque esta última consideración, inobjetable si nos atenemos al pasaporte que obraba en poder de Hasna y le permitía atravesar sin contratiempos casi todas las fronteras del mundo, nos precipita inmediatamente a la zozobra: ¿era en verdad Hasna una francesa como las demás, es decir, como cualquiera que se llame Mireille y tenga los ojos azules y el pelo pajizo?

Según las leyes y según los principios de la República, sí, por supuesto, sin ninguna duda. Si bajamos de los principios y las leyes a la calle, allí por donde Hasna caminaba y calculaba sus posibilidades, la cuestión resulta mucho más vidriosa. Las Hasnas no solo suelen crecer en barriadas y circunstancias muy diferentes de las Mireilles, sino que están más expuestas a la intemperie y los contratiempos y, se quiera o no, se les ofrecen menos y peores oportunidades.

También es más fácil que sus familias se rompan, momento en el que echan de menos, ellas y sus madres, a esos abuelos que están a dos mil kilómetros y que no podrán ofrecerles el apoyo con el que las Mireilles sí cuentan. Esas niñas solas, en barrios periféricos de los que sus madres han de salir temprano para ir a trabajar y a los que regresan tarde y extenuadas, es mucho más probable que se pierdan en el primer cruce escabroso que encuentren en su camino.

Lo de menos, en este momento, es dilucidar si, como alguno propone, Hasna estaba abocada a su macabro final o dispuso de la opción de ser una persona normal que no hubiera de morir con veintiocho años en medio de una deflagración. Al final, cada cual hace sus elecciones y seguro que junto a Hasna crecieron niñas no mucho más afortunadas que no terminarán como ella.

Ahora que Hasna ya no es más que otra historia triste para la larga colección de los seres humanos malogrados, la pregunta es cómo esa atracción por la nada absoluta prende en quienes se crían entre nosotros. Quizá sea demasiado fácil pensar que todo el mal viene de lejanos barbudos. La pregunta es por qué a la francesa Hasna podían motivarla esos siniestros guasaps de la yihad.

Kant en campaña

Johann Gottfried von Herder, que lo tuvo como profesor, dio escribir sobre él esta frase memorable: «Ninguna cábala, ninguna secta, ninguna ventaja, ninguna aspiración a la fama tenía para él un estímulo en comparación con la ampliación y la iluminación de la verdad». Arthur Schopenhauer, que sometió a crítica su metafísica, no dejó por ello de admirar su conocimiento claro y sereno, la reflexión y la habilidad con que desmontó «pieza por pieza toda la maquinaria de nuestra capacidad cognoscitiva», sacando a la filosofía occidental de la tosquedad y el sueño dogmático en que había vivido sumida antes de él.

Vivió en la ciudad de Königsberg, entonces Prusia y ahora Rusia (donde la conocen como Kaliningrado). Se llamaba Immanuel Kant y a él se debe la mayor revolución filosófica de la modernidad, la proeza descomunal de someter a crítica a la razón humana en todas sus facetas, desde la ética hasta la metafísica, revelando los límites de nuestro conocimiento y nuestros juicios. Es posible que le sorprendiera saber que dos siglos después de su muerte se convertiría en protagonista de una precampaña electoral en ese soleado y exótico país del sur de Europa llamado España, en su época tan ferozmente atrasado que vivía sometido a la inercia de una dinastía decadente y a duras penas había sido capaz de acoger algunas de las ideas de la Ilustración.

Kant era consciente de las dificultades que su filosofía planteaba: solía decir que había llegado con un siglo de adelanto. Schopenhauer afirmaba que su estilo poseía «la impronta de un espíritu superior, de una genuina y firme originalidad, de una capacidad de pensar totalmente extraordinaria», lo que para él se traducía en una «resplandeciente aridez». Con esta fórmula oponía la complejidad del pensador de Königsberg a la de su odiado Hegel, contra cuya prosa lanzó en su obra culminante, *El mundo como voluntad y representación*, esta andanada mortal: «La mayor desfachatez a la hora de servir auténticos absurdos, ensartando palabras vanas y delirantes, como hasta entonces solo se habían escuchado en los manicomios, culminó finalmente en Hegel y fue el instrumento de la más burda mistificación que jamás existió, con un éxito que le parecerá increíble a la posteridad y perdurará como un monumento a la necedad alemana». La aridez expositiva de Kant, por el contrario, provenía para Schopenhauer de la sabiduría y la lucidez superior.

Sobre estas premisas, quizá deba juzgarse con indulgencia que dos jóvenes políticos de la España del siglo XXI, que no se distingue precisamente por invitar a menudo a sus habitantes a la

degustación de arideces filosóficas, queden en evidencia al traer a colación el pensamiento kantiano: el uno citando un más que improbable título de Kant, resultante de embarullar la ética con la metafísica; y el otro, reconociéndolo como influencia crucial en su visión del mundo pero declarándose incapaz de citar un libro debido a su pluma que haya leído. A Kant apenas se le entendió en su época, se le malinterpretó a menudo después, y las más ilustres cabezas pensantes, enfrentadas a sus páginas, hubieron de admitir que ofrecían una lectura inhóspita.

«Todo hombre acaba siendo el sofista de su ilusión juvenil», escribe Kant en uno de sus libros más breves y menos herméticos, *Los sueños de un visionario*. A estos nuevos líderes, hijos de su tiempo y su lugar, donde impera el desprecio hacia las humanidades en todas sus formas y las finanzas y la tecnología se aúpan a la cima de todos los saberes, se les acusa de haber elevado sus someras nociones kantianas, adquiridas de segunda mano en tiempos de bachillerato o universidad, y apenas luego profundizadas, a la fingida categoría de bagaje personal.

Otra posibilidad sería anotar a los dos candidatos el mérito de traer a Kant a la campaña, por imprecisos y torpes que sean sus recuerdos de él. Mientras tanto, otros hablan de fútbol.

B, la memoria inoportuna

Su testimonio estaba destinado a quedar sepultado en unos autos, con vistas a un juicio, todavía no celebrado, en el que ya se encargarían los abogados de desvirtuarlo, minimizarlo o dar por prescritas las acusaciones más sensibles. Es lo que tiene la justicia, que es lenta, selectiva y al final, de todo el papeleo de la instrucción, queda en pie lo que queda. Por eso, cuando en su comparecencia ante el juez instructor el ex tesorero, a la sazón en prisión provisional, dio la campanada y acusó a toda la cúpula de su partido de recibir sobresueldos con cargo a una caja B procedente de donativos irregulares, alguien pensó que no había más que aguantar el chaparrón, hasta que el tiempo pasara y lo redujera todo a un puñado de folios amarillentos. Entre tanto, el ex tesorero, antaño exhortado a mostrar fortaleza, pasó de ser «ese señor» a convertirse en «ese delincuente», un leproso cuya fulminante degradación era el mejor cordón sanitario.

Sin embargo, he aquí que alguien tuvo una extraña idea: convertir las actas de aquel interrogatorio en una inusual pieza dramática. Sin mayor aderezo ni afeite, las preguntas de juez, fiscal y letrados, y las respuestas del ex tesorero, dieron en transformarse en una tragicomedia tomada del natural. Cómica, por el ingenio y el aplomo del protagonista; trágica, por la sombra tenebrosa que su desarrollo proyectaba sobre el país del que eran ciudadanos la inmensa mayoría de sus espectadores.

Puestos a rizar el rizo, a alguien se le ocurre ir más allá: llevar ese experimento dramático al cine, haciendo de aquel perturbador interrogatorio el argumento de una película donde todo lo dicho quede registrado para la memoria de las generaciones presentes y futuras. Y aquí es donde sobreviene el problema. En manos de un director consciente del material que tiene a su disposición (las actas literales del interrogatorio, que nadie podrá nunca impugnar por difamatorias) y de dos actores, los encargados de encarnar al altivo ex tesorero y al atónito juez, no menos conscientes de vérselas con el papel de sus vidas, la película se convierte en un inmisericorde ejercicio de demolición.

Todo, desde luego, está en función de la credibilidad que se dé a las acusaciones del interrogado, pero la naturalidad con que este describe su propia operativa, presuntamente corrupta, sin cargar las tintas en ninguna de sus respuestas, incluso resistiéndose a ratificar alguna que otra sospecha interesada de las acusaciones personadas en la causa, inclina a considerarlas plausibles. El actor que le da vida en la pantalla, mimetizado con él en gestos, voz e indumentaria, no tiene más que poner sus armas interpretativas al servicio de un personaje cuajado y vibrante, al

que ni todos los desprecios, ni la prisión de la que viene y a la que volverá en cuanto acabe la sesión, restan un ápice de su fuerza. Él, el delincuente, se está comiendo el marrón, mientras que los aludidos en sus papeles escurren el bulto y se escudan en que nunca se les va a poder probar nada.

Su alarde encuentra el contrapunto ideal en ese juez que levanta las alfombras y no puede creer que tapen todo lo que el interrogado va desgranando y certificándole, la mayoría de las ocasiones, eso sí, como único testigo. El actor que hace de su señoría borda el pasmo y el temor de que todo sea verdad.

La película, vaya usted a saber por qué, apenas encuentra cines donde estrenarse. Ello no impide que muchas personas la vean y, sobre todo, no impide que esté ahí, como una memoria feroz e inquietante de lo dicho; eso que nunca habrían podido ser unos folios archivados entre los legajos de un juzgado.

Feroz, inquietante, e inoportuna. Casualidad o no, en la campaña que se inicia meses después se aúpa a los carteles electorales, contra todo pronóstico, una joven candidata. Una mujer cuyo nombre nunca pronunció el ex tesorero al hacer el recuento de quienes cobraban los sobresueldos ominosos.

Todo legal

Eres un votante cualquiera que trata de resolver a quién acabará dándole su papeleta dentro de apenas unos días. No cuentas con la ventaja de ser militante de nada, ni tampoco la de aborrecer o admirar sin reservas a alguno de los que compiten por tu voto: ni por feo ni por guapo, ni por tonto ni por listo, ni por infame ni por noble, te parece que ningún candidato deba ser objeto de arrobo o vituperio. No eres de abrir fuego así como así, ni tampoco de abrazarte al primero que promete algo. Lo que te aboca a ser lo más incómodo en campaña: un indeciso.

Tienes tus ideas, quién no. Percibes las debilidades de unos y de otros, están demasiado a la vista. Y no dejas de apreciar las cualidades que cualquiera posee; no sigues dogmas que te lleven a quemar por hereje a nadie. Para decidir con motivo, para no ser irresponsable en el ejercicio de ese derecho que durante tan largas décadas no tuvieron tus mayores, les escuchas, tratas de comparar sus propuestas, hasta te lees los programas que tienes la sospecha de que ellos no redactan, acaso no leyeron enteros y es muy probable que ninguno, así gane, vaya a cumplir.

Entre tanto, he aquí que ocurren cosas. Más bien antipáticas. Se descubre que dos diputados gubernamentales, uno de ellos se presenta para volver a serlo, combinaban su obligación de defender el bien público en la cámara, en representación de los ciudadanos, con labores de comisionista privado muy bien retribuidas, a través de sociedades mercantiles interpuestas. Sus honorarios mensuales multiplicaban varias veces los ingresos de la mayoría de los contribuyentes. Al requerirles para que expliquen esa actividad y sus réditos, los interesados, sin dejar de reconocerlos, afirman que todo era plenamente legal.

Pasan los días y, a causa del escándalo que en la opinión pública provoca que un servidor público se entregue al lucro particular, en actividades que, ya sean legales o no, pueden claramente interferir con su tarea al servicio de la ciudadanía, les abren expediente y a uno de ellos le piden que deje la candidatura. Ahí queda todo: nadie quiere, en época de elecciones, tomar decisiones que presupongan la admisión de una falta en uno de los suyos, y de un error de la organización al designar para un puesto a quien resulta que no habría debido estar ahí.

Poco después, un ataque arrasa la embajada de tu país en un país notoriamente peligroso. Mueren dos policías, aunque las primeras noticias son confusas. Primero el gobierno niega que el ataque fuera contra la embajada, luego lo admite, a regañadientes, pero rechaza que la sede diplomática estuviera expuesta a riesgos indebidos por falta de medidas de seguridad. Mientras escuchas a los responsables aseverar que todo estaba en orden y que ninguna negligencia puede

achacárseles, ves las fotografías de la embajada devastada. Lees informaciones que coinciden, todas, en señalar que el inmueble carecía de condiciones para su protección y que se hallaba en un barrio conflictivo e inseguro. Cuentan que hay testimonios de policías que se han salvado del ataque y que confirman esa tesis. Que dicen haber tenido que atrincherarse en el búnker de la embajada, bajo un ataque prolongado durante horas, hasta que acudieron fuerzas norteamericanas a sacarlos de allí. Y sin embargo, los portavoces oficiales siguen cargando la tragedia a una desgracia inevitable.

No eres de los que en trance apurado para su país propenden a arremeter contra su propio gobierno. Pero esa contumacia en descargarse de responsabilidad, ese «todo estaba en orden» que las ruinas desmienten, como desmiente la irritación popular hacia los diputados comisionistas la validez de ese «todo legal» con el que quieren justificar su conducta, llega a ofenderte.

No es solo el contraste, tan feo, entre quien se lucra desde el escaño y quien muere en primera línea; es la frivolidad con la que se elude el fallo. Desde hoy, estás algo menos indeciso.

Un minuto tarde

A fin de cuentas, solo eran dos de nosotros. Dos hombres de uniforme, para más inri. Dos que se presentaron voluntarios para estar allí, y a quienes les iba en el sueldo el riesgo. Hay quien dice que si no querían exponerse se podían haber buscado otro trabajo, y que nunca hay luto por el albañil que se cae del andamio. Algún otro anota que murieron por apuntarse a un destino que les reportaba un jugoso suplemento salarial.

Qué barata compran y venden algunos la vida de otros.

Sin embargo, faltaba algo más. En un país sin cohesión, sin ideales comunes, sin fe y sin identidad cultural alguna, lo que queda para reunir a la gente es ese rito que cada fin de semana se oficia en las únicas catedrales que llenan el aforo: los estadios de fútbol. Es allí donde hace unas semanas se guardó un solemne minuto de silencio por las víctimas ajenas, en este caso las de París, que son las únicas respecto de las que puede convocarse y alcanzarse unanimidad. Por eso todo el mundo pudo ponerse de acuerdo en exhibir desde su perfil de redes sociales la bandera de la República Francesa. Pero igual que nadie aspira a que se produzca una movilización semejante en torno a la bandera propia, que siempre hay razones para discutir, cuestionar o aun menospreciar, transcurre la jornada de Liga y en ningún estadio se guarda silencio por los dos policías españoles abatidos en Kabul.

En los alrededores de los estadios, a pie de campo, velando como siempre para que los energúmenos que suelen mezclarse en esa clase de espectáculos no provoquen ninguna desgracia, cientos o miles de compañeros de los dos fallecidos prestan servicio como cualquier otro fin de semana. Un servicio del que se benefician, a costa del conjunto de los ciudadanos y merced al esfuerzo y la diligencia de los funcionarios policiales, quienes administran y explotan el pingüe negocio (este sí que lo es) del fútbol profesional. Un servicio que se presta como siempre y sin queja, pese a que la organización que agrupa a esos opulentos empresarios deportivos haya decidido ignorar olímpicamente el dolor que sin remedio embarga a quienes les protegen.

Avanza la semana y un avión trae de vuelta los féretros con los restos de los dos policías caídos. Un funeral de Estado reconoce su sacrificio, con presencia de los monarcas, el presidente, ministros y líderes políticos reunidos por una vez en torno a un duelo común. El acto tiene todo lo que la ocasión requiere: se les imponen condecoraciones póstumas, se conforta a sus familias. Sin embargo, se trata de un acto institucional, y aunque hay gente que se agolpa en torno al complejo policial donde se celebran las exequias, no pasa de ser la respuesta insoslayable, desde el Estado,

a la muerte de aquellos que estaban a su servicio. El reconocimiento de toda la sociedad sigue pendiente.

Quiere el calendario que esa tarde y las siguientes vuelva a haber fútbol. Algunas voces se alzan pidiendo a los gestores de la próspera industria deportiva una rectificación, un gesto de consideración hacia los dos muertos hasta entonces ignorados. La respuesta, pese a la emoción aún reciente del funeral, no es inmediata. Parece haber ciertas dudas sobre la conveniencia de imponer en todos los campos un minuto de silencio, quizá hay alguien a quien se teme molestar, alguien cuya susceptibilidad pesa más que la compasión hacia unas familias rotas.

Tras algún tira y afloja, sin poder evitar dar la sensación de que se les ha doblado el brazo, los responsables del fútbol se avienen al fin a decretar el minuto de silencio, que se cumple en todos los campos, pero no en todos se da en respetar. Hay estadios donde el minuto queda en la mitad, y el silencio arruinado por cuchicheos, silbidos y murmullos de desaprobación.

El minuto llega tarde y mal. Dentro de unos meses sacarán su selección y esperarán el apoyo de todos. Cómo no.

La soledad del palacio

No es el primero que se ve solo entre esos regios muros. Sin retroceder mucho en el tiempo, fue allí mismo donde conoció la soledad de la derrota su propio bisabuelo, aquel triste día de la primavera de 1931 en el que ni en el distrito de Palacio sacaron mayoría sus seguidores. También allí, cada uno a su manera, vivieron la soledad de la incompreensión quienes en calidad de presidentes de la República le sucedieron en la jefatura del Estado. Es un sitio imponente, pero también rezuma amargura.

Es ahí, en el salón del trono del viejo palacio de Oriente, testigo de la poca gloria y los muchos sinsabores de su dinastía, donde el monarca elige comparecer, solo en la inmensa estancia, para lanzar un mensaje de Navidad que es el primero en el que puede leerse de veras su impronta, sin que la sombra demasiado reciente de su predecesor se proyecte sobre sus palabras y las haga menos convincentes, como si las pronunciara alguien que aún no ha hecho del todo méritos para dirigirse al país.

Su figura solitaria expresa también, de forma gráfica, la coyuntura en que se halla un rey al que a la sazón solo fiscaliza un gobierno en funciones, y que en sus actos no cuenta, por tanto, con el respaldo de un presidente respaldado a su vez por una mayoría suficiente en las cámaras. En la práctica, el país carece de cabeza visible en el poder ejecutivo, y esa orfandad alcanza a todos; también, o de modo especial, a quien sin refrendo de las urnas está siempre ahí, por descender de quien desciende.

La herencia que ha recibido, y que las últimas elecciones, tan inoportunamente cercanas a la Navidad, han traducido en cifras, no es desde luego la más halagüeña posible. Quizá nunca antes pudieron atribuirse más votos quienes cuestionan el orden en el que descansa su trono, y son ellos los que tienden a ampliar su representación, mientras aquellos que lo sostienen sin ninguna reserva envejecen y menguan día a día en número. Han sido muchos años de imprudencias, de desbarros, de oscuros e inmorales juegos de ventaja perpetrados bajo la cobertura del sistema que él ahora encarna y que no tiene más remedio que reivindicar. En nadie puede apoyarse esta noche: quienes estarían llamados a hacerlo andan demasiado ocupados en intentar sobrevivir.

El monarca, condenado a la defensa cerrada de un edificio que cruje y tiembla, ha sido educado, eso nadie se lo discute, en el sentido del deber, y a cumplir su deber se aplica con ahínco. El escenario, justamente, pretende reforzar el mensaje, la llamada a recobrar el orgullo de ser parte de ese edificio ahora maltrecho. Invoca la pasada grandeza, al tiempo que levanta acta

de las dificultades e incluso atestigua, sin cargar mucho la suerte, alguna de las deficiencias. Frente a ellas, apela al diálogo, a la rectitud, al rigor, a la unidad para volver a ser grandes en un futuro que hoy por hoy se presenta incierto y lleno de asechanzas. Son palabras que a cualquiera habrían de sonarle bien, aunque la sintaxis y la retórica del discurso encallan aquí y allá, como si inconscientemente reconociera su anacronismo, la escasa fe que en muchos de quienes le escuchan acertará a suscitar.

Y sin embargo, está ahí porque cuatro décadas atrás hombres imperfectos y contradictorios, como todos, pero también lúcidos y conscientes de que el país llevaba demasiadas oportunidades malgastadas, se avinieron a tejer en torno a la corona un pacto hecho de las renunciaciones particulares de cada uno y la ambición común y generosa de todos. Un pacto con sus fallos y sus inconsistencias, pero que durante años lució como el mejor de los posibles, y supo proporcionar a la monarquía, en uno de los países menos monárquicos de Europa, un suelo firme.

Antes del próximo discurso navideño han de pasar algunas cosas: quizá no todas buenas, quizá no todas malas. Tendrá tiempo para meditar quiénes, y cómo, dilapidaron aquel pacto.

El anticapitalista en su laberinto

Aunque te pilla lejos, en el mismísimo corazón de la bestia, ese Madrid con resonancias de Mordor hacia el que se dirigen todos los reproches y diatribas de los de su especie, acabamos de estrenar año y es momento para probar cosas nuevas, como tratar de hacer un ejercicio de empatía con él o ella: con ese o esa anticapitalista independentista que ha de decidir de qué lado se inclina su corazón en esta hora suprema en que, a falta de solo una semana para la caducidad del *procés* independizador, se dirime si se inviste para pilotarlo a un líder indeseado.

La empatía es un ejercicio recomendable y, una vez que se adquiere el hábito, no tan difícil como parece a primera vista, por muy distante que uno se halle de la postura con la que se trata de identificarse. Por ejemplo: puede entenderse que alguien sea independentista. Puede entenderse en general: es un sentimiento que convoca resonancias de libertad, de sacudirse yugos; algo que, por inconcreto que sea el yugo en cuestión, siempre motiva y estimula a quien tiene afán de ser y vivir por sí y no al dictado ajeno. Puede entenderse más aún cuando la aspiración toma como estribo una cultura, una lengua, una forma de decir y de decirse y, en última instancia, de estar en el mundo.

Y puede entenderse mejor todavía, en fin, cuando la emancipación implica, así sea en términos teóricos, el extrañamiento de una historia repleta de frustraciones y la desconexión de un presente, como el español, lleno de sapos y culebras a medio digerir, sin que en el horizonte se dibuje la silueta de ningún artífice capacitado para superar el trance, sino la enésima y cutre versión de la arremetida de los *hunos* contra los *hotros*: esa turbamulta de corazón helado que cantaba el poeta hace ya más de un siglo. Podría discutirse sobre cómo a nuestro hombre o nuestra mujer se los ha aleccionado acerca de esa historia común, y de la propia de su nación irredenta, pero tampoco alteraría sustancialmente su descontento ni la tentación de evadirse.

Lejos de ti, por tanto, la funesta arrogancia de despachar el sentimiento independentista como arbitrario, aunque en tu balanza pesen más otras cosas y no puedas suscribirlo. Y cumplida esa parte, queda la otra: la anticapitalista. Tampoco tienes que hacerte excesiva violencia para ponerte en los zapatos de quienes se sublevan contra un estado de cosas que permite medrar aún más a los poderosos, coloca en desventaja creciente a los más débiles y tan solo procura la justicia en la angosta medida en que lo consiente el máximo reparto de dividendos al accionista y la optimización del beneficio después de impuestos. Oponerse a la especulación, los excesos del consumismo, la devastación del medio ambiente... Basta pensar en ello un rato para experimentar

un deseo ardiente de salir a la calle a gritar contra el desafuero, a clamar contra esas heladas aguas del cálculo egoísta en que, Marx *dixit*, nos sumió el viejo capitalismo del XIX y nos ha encharcado los pulmones el cibercapitalismo del XXI.

El problema te viene cuando tratas de asumir a la vez ambas cosas, y traducirlas en el respaldo a un proyecto político y un timonel que proceden de las mismas siglas bajo las que se consumó un proceso de depauperación feroz de los servicios públicos, en claro beneficio de toda clase de corporaciones privadas, mientras la saga de su fundador acarrea millones de euros a Andorra, en una de las más fulgurantes y asombrosas acumulaciones básicas de capital de que se tiene noticia.

Dicen en los mentideros, y en la era de internet todo sale a la luz, que si el proyecto se viene abajo, y si, como es de prever en semejante circunstancia, al inversor andorrano lo acorralan los implacables sabuesos y jueces mesetarios, tirará de la manta y pondrá al descubierto toda la podredumbre del sistema, desde los Pirineos hasta Tarifa, de Cap de Creus a Finisterre.

Y ahora, te figuras ser ese anticapitalista en el laberinto independentista y tratas de resistirte a propiciar la catarsis y de apoyar la pervivencia de una carcomida casta dominante.

Y por más que lo intentas, no lo consigues.

Iñaki, en su hora

Yo, que tantos hombres he sido, me veo ahora siendo aquel que a nadie le gustaría ser. Así, parafraseando el lamento que Borges le imaginó a un poético Heráclito, podría expresarse, si alguien quisiera prestarle atención, el ex jugador de balonmano, el ex deportista olímpico, el ex alumno de empresariales y de ESADE, el ex ejecutivo de una entidad sin ánimo de lucro, el ex seguidor, el ex yerno modelo, el ex cuñado, el ex duque (de Palma y emPalmado) y en estos momentos inminente ocupante, durante varios meses, de un lugar en el banquillo de los acusados ante la Audiencia Provincial de Palma de Mallorca.

Qué contraste, tan abrupto como cruel, con los tiempos en los que todo parecía sonreírle. Los de los éxitos deportivos y la juventud magnética y dicharachera que lo hacía popular a los ojos de todos los que se cruzaban con él. Los del acceso, por vía de infanta, al reservado espacio de los elegidos, esos que en su sitio de preeminencia esperan a que sean otros los que desfilen para estrecharles la mano y doblar la cerviz (ellos) o perpetrar una precipitada y a menudo torpe genuflexión (ellas). Aquellos años de ser el centro de la reunión, con prodigalidad de honores, agasajos y escoltas, que en teoría velan por la seguridad pero a la postre te llevan de aquí para allá en una burbuja de atención que te salvaguarda del roce con los demás mortales. De las mil y una servidumbres, de los frecuentes e incómodos peajes que sobre cualquier otro recaen por el mero hecho de vivir en sociedad.

Todo eso (salvo una escolta residual que vela más por su esposa) voló; con el cariño, la gloria, el ducado y la riqueza acumulada al calor de aquellos hados propicios que hoy solo son sombras en su memoria. En la hora de su caída, Iñaki, en otro tiempo don Iñaki, está solo y ni siquiera se le concede el derecho de ser el protagonista de su propio descalabro, aunque sean nada menos que diecinueve y medio los años de prisión que le pide el fiscal. En el trance de su enjuiciamiento acude como comparsa de aquella a la que debió buena parte de su fortuna pretérita y ahora debe su manutención diaria: la hermana e hija de rey que teniendo muchas menos, acaso muy pocas probabilidades de resultar condenada a una pena que en todo caso sería muy inferior, es el centro, la estrella absoluta e indiscutible de esta segunda parte tenebrosa del cuento. A ella apuntarán todos los fotógrafos, de lo que a ella le suceda se ocuparán con preferencia todos los cronistas; con su alivio, si sale absuelta, o su condena, si los jueces no le son benignos, se escribirán los titulares.

Dicen que el ex duque acude resignado a un juicio del que se ve con muy pocas posibilidades

de no salir despachado a un centro penitenciario, aunque pueda concedérsele la prórroga del tiempo que tarde en resolverse el recurso que se presentará con toda seguridad contra la sentencia. Dicen que en su mente, atormentada por el infortunio, ya se ve como algo más que ese acusado algo borroso al lado de la infanta: como el interno al que, esta vez sí, se le dará el derecho de representar el papel central del drama que suceda en la celda que le adjudiquen.

Llega la hora de su juicio y ni siquiera lo suyo, así sea como consorte, se halla en el epicentro de la actualidad. Esa Cataluña que acogió sus días dorados, como una especie de signo de lo funesto de los tiempos, emprende el mismo día que a él van a empezar a juzgarlo un viaje más allá del horizonte, rumbo a un mar desconocido donde él no tendría cabida ni aunque hubiera conservado aquella dignidad de la que se le despojó. Lo que pesa sobre él es la aplazada purga de viejas faltas; el presente convoca a otros afanes, otras inquietudes, otras ilusiones.

En esta hora, sin que excuse las ventajas de que gozó ni las astucias de que pudo valerse, Iñaki se perfila como uno de esos desdichados que la pagan. Por los que nunca la pagarán.

La cagada de Sean

Cuenta Sean que lo que él quería era hacer llegar al lector un mensaje acerca del fracaso y la inutilidad de la guerra contra las drogas, a fin de reabrir el debate público sobre esa campaña que ha costado miles de millones de dólares al contribuyente norteamericano, ha enviado a cientos de miles de estadounidenses a prisión y al fin y al cabo no ha logrado impedir que el consumo de drogas aumente y las organizaciones que la distribuyen y comercializan sean más, y cada vez más poderosas.

Sean es un actor famoso, con fama de chico destemplado, aunque ya es más destemplado que chico. En la larga entrada de su artículo-reportaje, esa pieza de supuesto periodismo que escribe con la supuesta finalidad de invitar a sus compatriotas a salir de su error, y que en los primeros párrafos es un notorio viaje al fin de su ego, se explaya acerca de los riesgos que una y otra vez ha corrido y que en esta ocasión se dispone a correr de nuevo para hablar cara a cara con el prófugo más perseguido, el narcolíder más legendario: Joaquín *el Chapo* Guzmán.

Relata el viaje que le lleva desde Los Ángeles hasta el claro de la selva donde al fin se produce el encuentro; una sucesión de medios de transporte que tienen como finalidad dar esquinazo a quienes pudieran seguirles y por los que Sean va pasando en compañía de su mediadora para llegar al hombre, una actriz llamada Kate, que tiene fascinado a Guzmán. Se asombra Sean de que en el tramo final, cuando van en un todoterreno por una carretera precaria, los pare un control del ejército que al ver a su conductor, un hijo del gran capo, les deja pasar sin más. Sean no sabe que su viaje lo están siguiendo, paso a paso, quienes quieren atrapar al fugitivo, y que él y la actriz están sirviendo de rastreadores involuntarios para dar con su paradero.

Cuando se halla al fin ante él, Sean memoriza detalles, gestos y palabras para acabar produciendo un relato en el que, pese a las salvedades que tratan de conjurar cualquier posible simpatía hacia lo que el capo es y representa, lo muestra revestido de un aura que no puede sino complacer, por señorial y sugerente, al hombre cuyos actos dice reprobar. Desde cómo se comporta con la dama o con quienes sirven la cena hasta la elegancia de su guardia pretoriana, cualquier cosa menos gansteril.

Narra también cómo logra pactar con él una entrevista que habrá de realizarse una semana después y que al fin se acaba convirtiendo en un vídeo en el que Guzmán posa para la cámara mientras responde al cuestionario enviado por Sean, leído por uno de sus hombres. Las respuestas, reveladoras de un discurso algo elemental, desmontan un tanto el mito, pero Sean tira

de pluma y de prosa alambicada para tratar de vender al lector la gran historia que él, y solo él, ha sido capaz de obtener.

Un par de meses después, el Chapo cae en manos de un comando de la Marina mexicana que lo caza en el alcantarillado por el que trataba de huir. Se cuenta que los tratos del fugitivo con los actores, en su obsesión por ver su historia convertida en película, fueron decisivos para ubicarlo y acabar capturándolo, en una ciudad a la que se cree que se trasladó para poder volver a verse con la mujer que había logrado encandilarle.

Sean dice dudar de esa versión, quizá tratando de alejar de sí la responsabilidad por la cagada que supondría haber sido el cebo para la detención. Se atribuye, en cambio, otra: la de no haber logrado, con su artículo, la concienciación que pretendía. La cagada de Sean, sin embargo, estaba en el planteamiento: en haberse dejado deslumbrar por quien no representa algo mejor que la hipocresía que denuncia en su país y su gobierno; en haber creído que era el periodista que conseguía la exclusiva que todos soñaban, cuando no pasaba de ser, al final, ese incauto indocumentado al que utilizaban tanto unos como otros.

La jauría

La estrategia y la idiosincrasia de la jauría se basan en la identificación de una presa. Entre todas las posibles, la presa que la jauría prefiere siempre, y desarrolla un olfato infalible para detectar, es la más débil, lenta o desvalida. La que menos opciones tiene de enfrentarla o de escaparse, la que más margen ofrece a la jauría para desahogar la saña que la cimenta.

La jauría se forma en seguida, en cualquier sitio, diríase que por generación espontánea. Dondequiera que haya un ser susceptible de ser humillado, maltratado, vejado, devorado, se organiza en torno a él una jauría que se aplica con entusiasmo y meticulosidad a cumplir la tarea. De manera natural distribuye los papeles, y cada uno de sus miembros realiza con soltura la labor que la jauría le asigna. Este le pisa los talones, estos otros le cortan la huida por el flanco, aquel lo derriba y el de más allá, o más acá, le arrea un zarpazo o le clava la dentellada.

La jauría se conoce *a posteriori*: el testimonio primero de su existencia es el despojo de la presa, lo que queda de ella cuando la jauría consigue acorralarla y exterminarla. También es luego cuando se averigua quién podía llegar a ser qué en la jauría: si bien nunca falta en ella algún individuo con afición y predisposición a la crueldad, la mayoría de los que acaban ejerciéndola se impregnan de ella por una suerte de contagio, por ese afán social que a todos, lo queramos o no, nos convoca al lado de nuestros congéneres, y nos dice que más vale estar del lado de la manada que del lado del infeliz a quien la manada atormenta.

El puesto en la jauría, no pocas veces, viene determinado por el miedo y la inconsistencia de quien lo asume; alardear al ocuparlo de inclemencia o ferocidad es un modo de espantar el fantasma de la presa que uno también podría haber sido.

La jauría, al buscar a quienes menos pueden defenderse, pone en ocasiones en su punto de mira a los que están hechos de mejor pasta. A los más generosos, a los más sensibles, a los de mejores y más delicados sentimientos. Y no es extraño que esos espíritus, que no son capaces de engendrar ni anticipar la malicia, se vean ante el acoso de la jauría tan abrumados que en lugar de plantarle cara, o de tratar de escapar de ella, depongan toda resistencia y se entreguen, allanándole el triunfo.

Puede suceder que en un caso de estos la presa, antes de doblar el cuello y dejarse abatir, arroje a los pies de quienes con ella acaban su lamento; su vergüenza y su disculpa por no haber sabido ser más fuerte, por no haber encontrado la manera de afirmarse ante la jauría para escapar a su oscuro destino. En el colmo de la paradoja, muy bien puede ocurrir que la presa asuma la

responsabilidad de su propia aniquilación, exonerando a la jauría, y por tanto a cada uno de los que la formaban, de un desenlace que precipita y se echa a la espalda con una confesión de impotencia, de ineptitud, de no ser digno de seguir.

Es en este momento cuando se hace el silencio. Un silencio mineral y definitivo. Un silencio que nos interpela a todos.

Queda ahí, registrado de forma imborrable en el gemido terminal de su víctima, el testimonio de lo que fue y lo que hizo la jauría, que hasta entonces pudo arreglárselas para ser invisible, inaudible e inodora. Se alza de pronto, sin que nada ni nadie pueda evitarlo, el hedor, el estruendo, el fogonazo siniestro que desvela el horror, la miseria, la cobardía y la suciedad que mancha a la jauría y a quien formó parte, por sus hechos u omisiones, de su empresa de hostigamiento y destrucción.

A la manifestación apocalíptica de la jauría y de su vileza sobreviene el estupor; tampoco faltan las preguntas a destiempo, ni quienes pretenden arrogarse una envergadura moral superior para abominar de ella y pedir cuentas de sus desmanes.

Pero la jauría somos todos. Es nuestra indiferencia.

Tranquilamente en casa

Cuando la Guardia Civil viene por ti, a otro pueden caberle dudas acerca de si la acción policial está justificada o no. A ti, en cambio, no te caben. Tú sabes positivamente si eres culpable o no lo eres; si en realidad participaste en una trama de malversación de dinero público, que no otra cosa es percibir mordidas y destinarlas al lucro propio o a la financiación del partido, o si se trata de un malentendido, un infundio, una calumnia, lo que fuere.

Cuando vienen a tu casa para sacarte detenida, y exponerte con ello al Gólgota mediático en el que se suceden las fotos en portada, las declaraciones vitriólicas, los artículos hirientes, las viñetas demoledoras, las sátiras feroces en *prime time* y, cosa de los nuevos tiempos, el linchamiento en todas las redes sociales inventadas y por inventar, tú sabes si has dado algún pie con tus acciones o con tus omisiones a que se te arroje a semejante martirio; o si por el contrario eres una víctima como en su día lo fue aquel nazareno, sometido a las espinas, los vergajazos, los clavos y hasta la lanzada final para expiar las faltas de otros.

Desde esa conciencia, te enfrentas a tus captores primero, y a su señoría después. Desde la inocencia o desde la doblez, eso solo tú lo sabes, rechazas las acusaciones y proclamas que estás siendo objeto de un atropello, que solo a causa de la venganza o la maledicencia se puede entender que tú, que durante tantos años fuiste y ejerciste autoridad, que hiciste sentir a muchos el miedo de enfrentarse al poder que representabas, te veas ahora así, desvalida, prisionera, traída y llevada por otros que te sacan y te meten en el asiento trasero de un coche como si fueras una vulgar delincuente; momento en que quiere tu infortunio que un fotógrafo atento y avispado immortalice tu expresión de pánico, de estar perdida, de no saber qué está pasando ni por qué.

Sin embargo, habrá que decirlo otra vez, tú sabes. No solo lo que tú hiciste, sino también lo que hicieron muchos otros. Los que asentían a cuanto decías cuando movías los hilos, porque les constaba que detrás de tus palabras había siempre una voluntad que no convenía contrariar. Los que en algún momento no se plegaron, y corrieron por ello la suerte que quien manda asigna a quien no acata las órdenes. Y por último, pero no lo menos importante, también sabes qué hizo quien te daba a ti las instrucciones, en cuyo cumplimiento, fiel o no, hiciste lo que hiciste: legal o ilegal, íntegro o delictivo, claro o dudoso. Ante todo, que es vicio extendido pero no por ello disculpable, no vamos a privarte de tu presunción de inocencia; no se trata de establecer, ni aquí ni ahora, el alcance ni el cariz de tus acciones, ni de las de esas otras personas que tenías por encima o por debajo. Tan solo esto es incuestionable: tú sabes. De ti. De quien estaba más abajo

en el organigrama. De quien estaba más arriba.

La mano derecha; eso eras tú. Lo dicen ahora en todos los periódicos porque durante años se dijo en todas partes. Tal era el título que te precedía cuando tratabas con cualquiera, o al menos lo que cualquiera, por la cuenta que le traía, procuraba tener presente cuando trataba contigo. La mano derecha; antaño un título de prestigio, y ahora, de repente, un baldón que no solo te echan encima tus enemigos, como ya se da por descontado, sino que también es posible que en pocas horas o pocos días te echen encima también los tuyos, a quienes, si todo va por mal camino, les interesará descalificarte como una ayudante desleal.

Tú sabes, también, si lo fuiste o no, esto es, si te atuviste sin más a lo que se te pedía, y lo que se te pedía era lícito siempre, o si alguna vez no lo fue o no fuiste leal tú. Junto a todo lo demás has de arrastrar la carga de ese exacto conocimiento, en el trance de tu detención.

Seas inocente o no, en definitiva, hay algo que ha de resultarte doloroso por encima de todo. Mientras tú recorres tu viacrucis, la persona a quien servías está, o eso dicen, tranquilamente en casa.

Una sátira idiota

En 1935, al cómico alemán Werner Finck, estrella de uno de los más conocidos *cabarets* berlineses, el Catacomb, le sucedió al fin lo que llevaba tiempo esperando: vino por él la Gestapo y se lo llevó a su siniestra sede de la Prinz-Albrecht-Strasse. Allí, antes de meterle en el calabozo, un SS de enorme estatura le preguntó si llevaba encima algún arma. A lo que Finck, sin achicarse, le dijo, risueño: «¿Por qué, acaso necesito una?».

Finck se dedicaba a la sátira, y no dejó de practicarla bajo un poder que no conocía la humanidad ni respetaba la libertad de expresarse. Lo pagó con una estancia en el campo de concentración de Esterwegen, donde apenas lo internaron se las arregló para organizar una función destinada a aliviarles la pesadumbre a sus compañeros de encierro. En el monólogo que preparó para la ocasión, el cómico incluyó estas palabras: «Puede que os sorprenda lo optimistas y alegres que estamos. En fin, camaradas, tenemos buenas razones. Hace ya tiempo que dejamos Berlín. Pero cada vez que actuábamos allí, nos sentíamos angustiados. Temíamos que nos enviaran a los campos de concentración. Ahora el miedo ha desaparecido. Ya estamos aquí».

Finck tenía gracia, no solo porque su talento y su descaro le permitían ingeniar buenos chistes y lanzarlos incluso a los pies de quienes eran incompatibles con el humor, sino también, y sobre todo, porque con ellos se enfrentaba a quienes representaban el mal de su tiempo. Incluso cuando los hacía a partir del sufrimiento, concurría en él la circunstancia que los hacía legítimos y hasta necesarios: conocía en primera persona el dolor del que se alimentaba su sátira. Era como víctima de él, y con la mirada y la sensibilidad que eso le proporcionaba, como osaba hacer bromas a partir de una tragedia que era la suya.

Ochenta años después, delante de unos niños que celebran el carnaval en las calles de Madrid, unos titiriteros hacen el alarde de convertir en objeto de chanza, de un solo plumazo, el espanto causado por dos organizaciones de asesinos que cargan en su cuenta miles de muertes inocentes. Unos cuantos cientos, dicho sea de paso, en la misma ciudad donde celebran su función, y en la que en diversos momentos golpearon, con saña y desprecio de la vida ajena, las dos bandas así festejadas.

Creen los titiriteros gozar (entre otras salvedades e impunidades de las que confían en beneficiarse por ser quienes son, pensar lo que piensan o estar a sueldo de las autoridades consistoriales) de la coartada que ofrece la sátira, que creen bula para mofarse, entre otros posibles interpelados por su chiste, de viudas, huérfanos y madres y padres que hubieron de

sobrevivir a sus hijos. Piensan, tal vez, que son parte del noble gremio y la digna estirpe que contó entre los suyos a payasos tan valientes como Werner Finck. Se consideran, en tal calidad, autorizados a pisar por donde nadie pisa, como si fueran de mejor condición que el resto. No se dan cuenta de que les falta algo indispensable. Lo mismo, por cierto, que le faltó a un aturdido concejal antes de ponerse a tuitear chistes del Holocausto: haber sufrido en sus carnes el horror del que osan reírse.

Tras la valla del campo de concentración de Esterwegen, el fantasma de Finck seguro que no ríe al ver a los titiriteros que agreden a los niños bajo el torpe auspicio municipal. Aquello nada tiene que ver con el oficio de quien sabe dar a las hieles y las asperezas de la existencia la vuelta que sirve para que la risa se enfrente al miedo y a las asechanzas de los canallas.

Tienen la mala suerte los titiriteros de que alguien que los ve y se ofende los denuncie, y de que haya leyes que amparan a las víctimas del terror y que un juez les aplica con rigor excesivo, enviándoles a prisión. Que tampoco en eso quieran ser como Finck. Saldrán en seguida, no corren por fortuna peligro alguno. Tan solo pagan fugazmente por hacer una sátira idiota, desalmada y, como tal, superflua.

El martirio de Romano

El 10 de agosto se celebra la festividad de San Lorenzo, un diácono romano cuyo martirio, según la tradición, sucedió en una parrilla. En la calurosa noche del 10 de agosto de 2003, en Fuengirola, dio comienzo el martirio de otro Romano, pero en este caso de nombre, y de nacionalidad holandesa, cuando alguien que no era él, pero que para su desgracia se le parecía, asaltó y forzó a tres mujeres en tan solo dos horas. Aunque la manera en que la policía llegó hasta él, y empezó a enseñarle su rostro a testigos y víctimas que lo reconocieron, no es más que un detalle procedimental, alguien habrá en alguna parte que ahora, doce años y medio después, y cuando se ha probado de manera incontrovertible que el ADN hallado en una de las mujeres es de un ciudadano británico, se estará preguntando por qué y cómo dio en arrojar la sombra de la sospecha sobre este holandés que nunca llegó a tocarla.

Incómoda pregunta, para quienes ahora están obligados a formularla. En primer lugar, porque fue la propia investigación la que partió de la premisa de que las tres agresiones, por *modus operandi* y cercanía en el tiempo, habían sido cometidas por la misma persona, circunstancia que llevó a colgarle a Romano todas ellas, tras reconocerle un testigo como el agresor en uno de los casos, y que ahora conduce, a tenor de la misma lógica, a desvincularle de los tres delitos, por quedar probado que no fue el autor de uno de ellos. En segundo lugar, porque con ese reconocimiento, y la convicción de estar ante el culpable, se influyó a las víctimas para que vieran en Romano a su violador, como al final hicieron. Y en tercer lugar, y sobre todo, porque Romano se ha comido doce años de cárcel: más de cuatro mil días despojado de libertad, con los barrotes por todo horizonte, forzado a cambiar cada tanto de prisión para no correr la dura suerte que a los violadores les aguarda en el entorno penitenciario.

A la salida de la última de las prisiones que lo acogió en su periplo, por orden de la misma justicia que lo recluyó, Romano recuerda lo que significa la privación de libertad, una lección útil para quienes propenden a banalizarla. Entró con treinta años y sale con cuarenta y dos; tenía una niña pequeña, que ahora es prácticamente una mujer y cuya infancia se ha perdido de principio a fin; su madre murió y no pudo acompañarla ni aliviarla en sus últimos días; por no hablar de lo que permanecer encarcelado doce años representa para alguien en términos de la posibilidad de retomar o desarrollar algún tipo de oficio o carrera profesional. Ahora lo ponen en la calle, advierte, con 33 euros y tres mudas de ropa. Todo un capital, con el que podrá salir a comerse el mundo.

La prisión, su testimonio lo indica, se demuestra en todos los aspectos más atroz e implacable para quien es inocente: por negarse a hacer cursillos de rehabilitación para violadores, que no necesitaba, a Romano se le denegó la posibilidad de obtener permisos penitenciarios, lo que significa que apuró su condena día por día, sin la tregua de que habría podido disfrutar si en realidad hubiera violado a alguien. Se comprende, así, que diga que hubo momentos en que pensó en rendirse y acabar.

Sale este hombre condenado por la inexactitud, por el celo mal entendido, por la prisa o la necesidad de señalar un culpable, y proclama el robo de vida que ha sufrido, y que la exigua indemnización que para estos casos prevén las leyes no alcanzará ni de lejos a compensar. Sale y bien podría arremeter contra quienes afirmaron que era quien no fue, tan solo porque se le daba un aire, pero elige ser generoso y entender que la víctima necesita reconocer a alguien, y que quizá lo necesite todavía más frente a ese al que la Policía ya ha detenido y que le invitan a pensar que es quien lo hizo, ofertándole en el paquete el desquite de despacharlo a pudrirse en una celda durante años.

Sale este hombre que es nuestro error, y que nos recuerda, para cuando lo olvidemos, por qué la inocencia se presume.

Fábula del fontanero (y el de Ikea)

El acontecimiento tiene lugar en un juzgado de instrucción y resulta de todo punto imprevisto: un juez exhorta a un testigo, o investigado, o lo que demonios termine siendo, a explicar la presencia en un altillo de su dormitorio de un millón de euros. El hombre dice ignorar cómo llegó el dinero ahí y, en lugar de responder a la pregunta del juez, le inflige, o nos inflige, una metáfora: en su dormitorio entra mucha gente, porque tiene el baño dentro; por allí han pasado, asegura, desde el fontanero hasta el montador de Ikea. No vemos la cara del juez, pero nos la figuramos, cuando se pregunta si la persona a la que interroga está tratando de sugerir que pudieran ser el fontanero o el montador los que ocultaran en su dormitorio un millón de euros.

Cedamos por un momento a la lógica de esta respuesta tan admirablemente absurda. Imaginemos al fontanero que, en un paréntesis de su tarea con la cisterna del baño, busca en la habitación el lugar adecuado para esconder el millón de euros que trae en la caja de herramientas; da con el altillo y lo deposita allí, con el cálculo de que la cisterna volverá a estropearse (quizá haya puesto en ella una pieza defectuosa, a tal efecto), volverán a llamarle y entonces podrá recuperarlo, para buscar otro altillo en el dormitorio de otro cliente donde guardar su millón.

O imaginemos al de Ikea, que después de armar las mesillas, la cómoda y el cabecero, duda por un momento si esconder en este la pasta que trae en la bolsa con las quinientas llaves Allen necesarias para perpetrar sus montajes. Al final se decide por el altillo, porque le da pereza tener que deshacer y rehacer lo hecho. En cuanto a la excusa con que regresará un día a recuperar su tesoro enterrado en predio ajeno, no resulta fácil concebirla; habría de recurrir al puro y simple allanamiento.

Tomar la declaración en su literalidad resulta tan demencial que es forzoso que su señoría, y con él cualquier otro intérprete, se incline por la exégesis metafórica. El interrogado es el suegro de un ex gobernante investigado por organizar, presuntamente, una red para extraer succulentas mordidas de contratos públicos. Un artista que, siempre según los investigadores, se las había ingeniado para drenar fondos incluso de ayuntamientos que no tenían recursos, desvalijándoles el futuro mediante contratos de suministro energético a largo plazo. Un figura que se las arregló para amontonar en Suiza millones de cuyo lícito origen no pudo dar razón, mientras salía en televisión mostrando, impertérrito, su desprecio y desdén por quienes recibían sobres.

Así, en términos de metáfora, es verdad: el millón negro del altillo de su suegro proviene de fontaneros y montadores de Ikea, pero no porque estos, conforme al malévolo lugar común, hayan

juntado ese pastizal mediante la conocida técnica de cobrar sin factura. La cantidad de inodoros y de estanterías Billy que hay que manipular para sacarse tal capital, aun defraudando a Hacienda, es tan ingente que habrían necesitado varias vidas para conseguirlo. El millón negro de marras, si los investigadores están en lo cierto y los indicios se convierten al final en prueba, viene de lo que pagan los fontaneros, los montadores de Ikea y el resto de los incautos que trabajan de sol a sol y asumen su gravamen por IVA, IRPF, cotizaciones y todos los peajes que se les impone por producir y vivir, para que otros se forren y se ahorren, vía Suiza o el altillo del suegro, el sinsabor de contribuir como el resto a las arcas públicas.

Es posible que esta metáfora, como tantas otras, sea involuntaria. No cabe descartar, después de todo, que el suegro ignorase que su avieso yerno le había forrado de billetes de quinientos el altillo del armario; por la voz parece un hombre mayor y a lo mejor ya no tiene condiciones ni ganas de subirse a una silla o una escalera para buscar nada a tanta distancia del suelo.

Así y todo, su desfachatez es maravillosa. Deslumbrante.

El arte de la renuncia

El punto de partida es que has perdido. A los triunfadores nadie los somete a esta prueba: la victoria y sus vítores los llevan en volandas a la cima de la montaña y desde allí proclaman la necesidad insoslayable de que se haga su voluntad. Y como han ganado, he aquí que su voluntad se hace. De nada, sin embargo, te va a servir envidiarlos, ni reclamar para ti sus derechos, que no forman parte del bagaje de tu derrotada condición.

Así como hay varias formas de ganar, pero todas se resumen en el hecho de que puedes decidir sin encomendarte a otros, existen varias formas de perder, y todas ellas coinciden en que no puedes decidir y solo te queda tratar de juntar tus fuerzas con las de otros para hacer algo que quizá sea lo que nadie quería, que decepcionará a muchos, incluidos los tuyos, pero se convierte en la única jugada a la que puedes apostar.

A esos efectos, tanto da tener 123 o 90 diputados, o 40 o 69. Con esas cifras, y más cuando la cuenta se hace sobre 350, uno ha perdido y está al albur de lo que los demás quieran; una forma de servidumbre que por definición no recae sobre quien puede genuinamente arrogarse el título de ganador. La pretensión de alguno de los perdedores de serlo menos que el resto, por ser el que más escaños juntó, el que menos perdió respecto de otra convocatoria o el que más creció desde la nada, no pasa de ser un recurso dialéctico del que no conviene abusar, so pena de acabar convirtiéndolo en argumento de comicidad involuntaria (que, como es bien sabido, es la peor de las comicidades).

Más vale, en todos los órdenes de la vida, aceptar cuanto antes lo que uno es, y programar su desempeño con arreglo a la naturaleza cierta, y no pretendida, hipotética o edulcorada, de la propia condición. Cuando uno se aviene a reconocerse en quien no ha ganado, y toma ejemplo de aquellos que en coyunturas de derrota acertaron a acatar la evidencia y, a partir de ahí, construir alguna cosa, descubre de inmediato que le toca adquirir a toda velocidad la destreza en un arte endemoniado, al que nadie está predispuesto de entrada, y que sin embargo es la única vía que se le ofrece de subsistir, con decoro y alguna esperanza, a quien ha pasado a formar parte del club de los perdedores.

Ese arte, queridos derrotados, no es otro que el de la renuncia: el de entender que no te queda más remedio que ceder, abdicar, postergar, apartar, desdecirte, rectificar y aun faltar a las promesas hechas en el fragor de algún mitin; y acertar a consumir esa enmienda de ti mismo de manera que pueda armonizarse con las renunciaciones a sí mismos de otros perdedores. Acatar esta

dinámica no es, ni mucho menos, garantía de éxito o supervivencia; entre otras cosas porque dependes de lo que los otros que perdieron como tú decidan hacer para sacar partido de su posición. Ahora bien, ignorarla, y dejar que la mente ofuscada quede suspendida en esa euforia bobalicona de un triunfo ilusorio, presente o futuro, no solo no suma ni aporta al conjunto, sino que mueve a quien te sigue a perderte el respeto y a revisar, antes o después, su compromiso contigo. Muy seguro hay que estar del propio poder de encantamiento para arriesgarse, en tal circunstancia, a aspirar a tener eso que no se ganó y que solo podría venir de la inverosímil sumisión de los demás.

Tenemos dos derrotados que en mayor o menor medida han hecho el ejercicio de renunciar, para definir un posible tablero de juego en el que sacar adelante una partida que no es la que ninguno de los dos plantearía, pero sí podría, tal vez, jugarse en el escenario de una mesa común. Y tenemos otros dos derrotados que se aferran a sus objetivos iniciales, que pretenden encarnar una mayoría que de hecho no existe ni mucho menos posee ninguno de ellos, o la pureza y la valentía que le niegan al resto. Al final, acabarán renunciando. O se acabarán, sin más.

Viva Samantha

Ocurre la misma semana en que en la cámara donde reside la soberanía nacional (o eso se supone) coinciden, entre otros personajes estupefacientes y pasados de rosca, una especie de monologuista jubilado, un tipo que se jacta con voz fúnebre de renegar de sus orígenes y un justiciero besucón, ante el pasmo y la impotencia de un presidente novato que no atina a dar cauce ordenado a tanto, tan florido y tan variopinto disparate.

Es esa misma semana, los mismos días en que los telediarios repiten las esperpénticas imágenes de un debate que a ratos parece escrito por Groucho Marx y a ratos por un Valle bajo los efectos de una sensacional fumada de kif, cuando una mujer que se llama Samantha, vestida de riguroso negro y en su calidad de presidenta de un tribunal de Palma de Mallorca, se echa a la espalda, ella solita, la misión de demostrarle a la población que existe algo serio, fiable y funcional tras esa entelequia denominada Estado. Mientras sus señorías de la Carrera de San Jerónimo se comportan ora como pensionistas resabiados, ora como adolescentes desfasados que desparraman a escondidas de los profes en la última noche del viaje de fin de curso, su señoría Samantha nos recuerda cómo afrontan sus responsabilidades los adultos que aún sienten el deber de despachar con solvencia los asuntos que sus conciudadanos les encomiendan.

Junto a sus dos compañeras ya ha tenido que demostrarlo semanas atrás, ante la situación creada por una defensa que pretende que la hacienda pública es una suerte de particular, y que halla en tal interpretación el exótico respaldo del Ministerio Fiscal y de la Abogacía del Estado. Ambos, a los que se supone defensores de la ley y del bien común, osan sostener que eso de que «Hacienda somos todos» no es más que publicidad.

No le tiembla entonces el pulso a Samantha para hacer valer lo que el sentido común y la decencia postulan, esto es, que quienes dejan de hacer frente a sus obligaciones fiscales, y lo hacen a gran escala, están delinquiendo contra todos, y en especial contra todos los contribuyentes que habrán de allegar a las arcas públicas lo que el defraudador se ahorra. Y no le tiembla aunque en ese contexto proclamar tan incontestable verdad conduzca, nada menos, a sentar en el banquillo a la hermana del jefe del Estado y sexta en la línea sucesoria al trono.

Gracias a ello, la infanta se enfrenta a unas cuantas jornadas incómodas en el asiento del que su defensa y sus aliados sorprendentes aspiraban a exonerarla. Lo que no es en sí mismo un motivo de alegría, salvo para aquellos que caigan en el feo vicio de celebrar el mal ajeno, pero ofrece al personal la esperanza de no tener, después de todo, una ley tan desastrosa ni un sistema

tan fallido como a veces parece. De hecho, la decisión de Samantha y sus compañeras nos eleva a la categoría de ejemplo para el continente, donde siempre se ha encontrado la manera de permitir que los *royals* pillados en renuncio se escabullan de sus responsabilidades y esquiven la acción de la justicia.

Y es justamente esta semana cuando llega el momento, tan esperado, y por algunos con morboso interés, de ver testificar a la infanta. Además de su defensa, solo la acusación popular se atreve a interrogarla. Samantha, seria y exquisita, preserva el derecho de quien acusa y el derecho de la acusada: permite que la abogada acusadora interrogue, aunque la infanta, acogida a su derecho a no responder, mantenga un férreo silencio; y allí donde la acusadora trata de buscar espectáculo, o algo que no tiene que ver con los dos delitos fiscales por los que la declarante está imputada, desecha la pregunta como improcedente.

El abogado de la infanta protesta, pero sabe que el trato que recibe su defendida es consistente, impecable. No la condenarán arbitrariamente. Y si al final resulta ser lo más justo, bien podrá salir absuelta.

Pulcritud, solidez, pundonor. Viva Samantha, que debajo de su toga nos salva del ridículo. Ojalá algunos la imitaran.

Del Nobel al fango

Han pasado poco más de tres años. Allí estaban todos, o casi todos, tan ufanos con el galardón, estirando el cuello para que los captaran los fotógrafos y dando a entender con ese gesto que también era a ellos a quienes había ido a parar el Premio Nobel de la Paz del año 2012. Todos los dirigentes europeos, congregados en Oslo para llevarse su pellizco de gloria, su trozo de certificado de Benefactores de la Humanidad, aunque alguno apenas acabara de llegar al cargo y en no pocos casos escasa o nula ejecutoria personal pudieran alegar para merecerlo. Es tan reconfortante reunirse con tal motivo, dejarse inmortalizar en tan propicio cuadro, compartir la euforia, la placidez, el deleite supremo de comparecer ante el mundo como quienes de forma tan distinguida y benemérita contribuyen a su mejora y a que la causa de la paz y los derechos humanos prevalezca sobre la de las tinieblas y sobre la abyección de cualquier índole...

Qué cómica, qué trágica queda hoy la foto.

Hoy, tres años y unos meses después, decenas de niños y bebés chapotean en el fango de Idomeni, un pueblecito en la frontera de Grecia con Macedonia. O lo que viene a ser lo mismo, un trozo de esa Unión Europea que se cuelga en la pechera la medalla de servir como ejemplo de humanitarismo a los demás. Duermen sobre el fango los bebés y los niños de Idomeni porque esa Europa benéfica no encuentra una manera de dispensarles la protección que sí ofrece a los niños que nacieron provistos del pasaporte correcto, y en lugar de movilizar sus ingentes medios y recursos para evitarlo, así sea solo para evitar la fotografía y el oprobio, para maquillar la apariencia, se enreda en debates de suma enjundia. A saber: cómo ha de repartirse o repelerse al contingente de parias que los reflujos maléficos de la Historia arrojan a sus costas y permanecen varados en sus caminos, y cómo ha de separarse el grano de los verdaderos refugiados, esos que pueden exhibir credenciales indiscutibles de correr riesgo inminente de ser asesinados en sus lugares de origen, de la paja de los otros, los migrantes que no estando en tan manifiesto riesgo de que los supriman, padecen condiciones de vida tan míseras como para aceptar la posibilidad de morir en las invernales aguas del Egeo antes que quedarse allí donde nacieron.

Alega Europa que ni es culpable de los conflictos y las penurias que empujan a esas gentes, ni puede hacerse cargo de ellas. Alguien malintencionado podría recordarle a Europa, y sobre todo a uno de sus países con más reticencia a dejar que los fugitivos alcancen sus costas, el Reino Unido de la Gran Bretaña, que el mapa de ese Oriente Medio del que huyen los parias lo dibujaron cien años atrás unos señores llamados Sykes y Picot, inglés el uno y francés el otro; que el primero,

antes de morir de gripe poco después, reparó en el semillero de discordias que aquellas fronteras artificiales e impuestas representaban e intentó que lo acordado no se llevara a efecto, sin que nadie le hiciera caso; o que cuando finalmente se consumó el reparto del pastel, en septiembre de 1919, allí estaba el consejero delegado de la Anglo-Persian Oil Company, cuidando del inmenso negocio del que a fin de cuentas se trataba, y que no enriqueció precisamente a quienes vivían junto a los pozos petrolíferos.

Historias, responden los líderes europeos, y alzan las manos en señal de impotencia para resolver todos los problemas del mundo, acoger a todos los que viven en la pobreza y, en fin, deshacer el entuerto, en un siglo en que Europa declina y son otros los que marcan el paso y hacen y deshacen los países, las paces y las guerras. Europa, vienen a decir, no da más de sí.

Y puede que así sea, pero Europa sí que podría salvar a esos niños de Idomeni del fango que hoy es su seña de identidad y que, si no lo tuviera ya, jamás le dejaría ganar ese Nobel.

Salah y la duda

Según el guión que le escribieron, Salah Abdeslam tenía que haberse inmolado con la esperanza de alcanzar el paraíso. Un camino que muchos otros siguieron antes que él, y con el que se cerraba el círculo de su entrega a la causa de la fe. Disponía de su cinturón-bomba, una forma instantánea y devastadora de quitarse de la circulación que probó su hermano Brahim con éxito parcial: logró autosuprimirse, pero no llevarse por delante a las víctimas que se le suponía capaz de causar entre los infieles. Sin embargo, he aquí que Salah, en lugar de pulsar el detonador, decidió en el último momento despojarse del cinto explosivo, abandonarlo y tratar de seguir viviendo, pese a las dificultades de toda índole que en ese empeño ha de plantearle el estar acusado de ser el cerebro de un grave ataque terrorista en territorio francés. Una acción que los franceses no van a olvidar y que sus connacionales belgas no podrán impedir que le reporte feas consecuencias penales, a manos de los ofendidos.

La vida de Salah ha sido, desde hace ya unos cuantos años, cualquier cosa menos ejemplar. Hijo de un trabajador inmigrante, nacido con el pasaporte de la Unión Europea, y disponiendo de un empleo decente en la empresa para la que trabajó su progenitor, tenía fama de ligón y de vago y prefirió dedicarse al trapicheo de droga, que le permitía obtener ganancia sin necesidad de madrugar o dar el callo como se le exigía en aquel empleo del que acabaron echándole. Descubiertos sus manejos por la policía, a Salah le cayó una condena de esas no muy abultadas, pero que sirven para conocer el ambiente penitenciario, y en su caso sirvió para que los radicales islamistas allí encerrados lo captaran para su causa. De este modo, y bajo los favorables auspicios del gobierno belga, el porrero mujeriego que entró en prisión salió convertido en muyahidín, dispuesto a unirse a los grandes explotadores de la marca yihad, quienes, a la vista está, no dejaron pasar la oportunidad que representaba un musulmán con pasaporte europeo, resentido contra su gobierno y contra los demás de la Unión Europea por el conjunto de políticas que, so capa de una pretendida integración, en la práctica consolidan y perpetúan la postergación social de Salah y de los suyos.

Por no hablar de las acciones de guerra que contra sus hermanos musulmanes de Oriente Medio lleva desarrollando Europa, casi día por día, a lo largo de lo que va transcurrido de siglo.

Tan convencido estaba, que se unió a la marca última y más contundente del islamismo radical: el Estado Islámico, conocido indistintamente como ISIS, Daesh o EI. De los excelentes instructores que lo guiaron en su radicalización, procedentes de los bien formados cuadros del

antiguo ejército de Saddam Hussein, aprendió cómo hacer daño de veras al enemigo, ya fuera con explosivos adosados al cuerpo o con armas de guerra, como el siempre socorrido y letal AK-47, con el que sus compañeros causaron en París una desproporcionada mortandad.

Quizá fue ahí cuando comenzó a agrietarse su fe: cuando se vio en medio de aquella carnicería, y hubo de preguntarse si realmente le aguardaba alguna recompensa después de ganarse el odio de tanta gente. Duda que se hizo insoportable cuando le tocó volarse a sí mismo, y entonces se desvaneció el muyahidín y volvió el crío que creció en Europa y acabó siendo un *bon vivant* alérgico al trabajo. Tanto, que prefería traficar con esa droga que terminaría llevándole a dar con sus huesos en la cárcel.

Así que nada de matarse: permanece con vida y trata de salvar los muebles, sean estos los que sean. Y así, escondido en su antiguo barrio belga hasta que la policía lo atrapa, Salah prueba que no todo está perdido; que después de todo y de sus excesos, es europeo: no ha perdido la costumbre de dudar.

Hermanos de metralla

Se llamaban Ibrahim y Khalid (pronúnciese «Jalid»). Eran hermanos, belgas de pasaporte e hijos de emigrantes de origen marroquí. Crecieron en el mismo barrio, Laeken, en el noroeste de Bruselas, y desde el principio llevaron vidas paralelas. Los dos acabaron en la cárcel por atracadores: Khalid por el robo de una sucursal del banco AXA en 2009 e Ibrahim por el asalto a una oficina de la Western Union en 2010. En ambos casos se sirvieron de un kaláshnikov para persuadir a los empleados de la entidad financiera desvalijada. Ibrahim llegó incluso a utilizarlo contra la policía, hiriendo en una pierna a un agente.

Fue en la cárcel donde ambos entraron en contacto con reclusos fundamentalistas que los convirtieron a una variante del islam que seguramente no tenía mucho que ver con la que practicaban sus padres, el rito malikí predominante en Marruecos. Los dos, pese a sus antecedentes como delincuentes extremadamente violentos, acreditados por el uso de armas de guerra en sus atracos, se beneficiaron de la generosa benignidad de las leyes belgas, que permiten a los presos acceder a la libertad condicional teniendo cumplido tan solo un tercio de la condena. Ninguno reaccionó con especial gratitud a ese beneficio.

Aunque tenía prohibido salir del país, como condición de la libertad anticipada de la que disfrutaba, Ibrahim fue a Turquía, donde las autoridades lo cazaron in fraganti tratando de cruzar a Siria para unirse, presumiblemente, al Estado Islámico. Y ambos se integraron en el aparato terrorista de la organización en Bélgica, desde donde tuvieron, con gran probabilidad, alguna relación con los atentados de París. Cuando uno de los supervivientes de estos, Salah Abdeslam, fue detenido por la policía, los hermanos Ibrahim y Khalid vieron llegada la hora de pasar a la categoría de mártires, según la torticera acepción del término acuñada por el integrismo: no el que muere por su fe a manos de otros, sino quien por su propia mano se autoelimina como medio para eliminar de paso a personas inocentes. Ibrahim llegó a dejar una nota de última voluntad en la que expresaba su temor de acabar en una celda como Abdeslam, lo que le movía a seguir la senda nihilista del portador de cinturón-bomba.

Cumplieron con su designio. Ibrahim se voló poco antes de las ocho de la mañana del 22 de marzo de 2016 en el aeropuerto de Zaventem. Khalid, pasadas las nueve en la estación de metro de Maalbeek. Entre los dos se llevaron más de treinta vidas y dejaron un par de centenares de heridos. Ninguno de los dos había cumplido los treinta años. Culminaban así su paso por este mundo sirviendo como carne de cañón a quienes desde las orillas del Éufrates predicán un

aberrante califato donde a los niños se les enseña a asesinar y a las mujeres se las hace pasar por la fuerza de mano en mano de guerreros de los que pronto quedan viudas, ya que su táctica se basa en el suicidio.

El itinerario de los hermanos Ibrahim y Khalid no es precisamente el de dos devotos, ni siquiera parece plausible que la fe haya jugado en su conversión en bombas humanas un papel demasiado relevante. Simplemente eran tipos que desde el principio renunciaron a tener un lugar normal en la sociedad en la que vivían, algo que con su cara y apellido tenían más difícil que otros, es cierto, pero no imposible, en un país que incluso les mostró su gracia cuando delinquieron contra sus leyes y sus gentes. Con esa actitud, y la escuela inmejorable de la cárcel, ese caldo de cultivo del que salió incluso Al Bagdadi, el califa del Estado Islámico, su destino era llegar al tope de la gama de la anomalía, al más apoteósico de los actos de inadaptación, que no es otro que matar sin ton ni son a tus conciudadanos.

No era difícil verlos venir. No son los primeros, ni serán los últimos. Los belgas les darán menos cancha a los próximos.

Hagamos una lista negra

En Palmira hay una plaza y en ella una fuente. Sobre ella el Estado Islámico plantó su insignia. En ese lugar los barbudos decapitaron a un octogenario cuyo delito era ser de los otros, de los infieles, de los impuros. Se había atrevido a dedicar su vida a preservar, como arqueólogo, los monumentos idólatras que los seguidores del autoproclamado califa consideran intolerables. Se llamaba Khalid Asaad y por esa razón estaba incluido en la lista negra que los integristas hicieron efectiva tan pronto como sus armas les permitieron apoderarse de la ciudad milenaria.

Y es que la vocación de una lista negra no es otra que la eliminación de quienes en ella constan. La eliminación física y la vejación póstuma, en el caso del malogrado arqueólogo de Palmira. La eliminación moral, social y simbólica en el caso de otras listas negras, las que al amparo de idearios excluyentes, con vocación de ingeniería comunitaria y de absorción de la realidad por una representación mítica, preferente y superior, distinguen entre quienes satisfacen los requerimientos de la ortodoxia y quienes, como réprobos irreversibles, deben ser expulsados de la comunidad y negados como miembros de pleno derecho.

Mientras los soldados sirios e iraníes liberan, es un decir, las ruinas de Palmira, limpian sus calles de las minas sembradas por los del Estado Islámico y descubren las fosas comunes de sus víctimas junto a otros rastros del horror, a varios miles de kilómetros de allí, en una comunidad pacífica y relativamente próspera, sobre todo si se la compara con la catástrofe siria, se da a conocer el «trabajo» de unos estudiosos que rastreando en la historia y el presente de la gente allí nacida, se han impuesto como tarea dilucidar quiénes de los oriundos de aquella tierra son malos hijos de ella y enemigos de sus naturales.

Como es natural, el ejercicio, viciado desde su raíz, no se puede atener sino a una metodología caprichosa y estrafalaria, que los redactores de la lista negra confiesan a través del arsenal léxico con el que caracterizan a los renegados: colaboracionistas, fascistas, franquistas, antidemócratas, colonialistas, despreciables... O la palabra que desde hace tres siglos, en la lengua del lugar y para la sensibilidad de la que los censores se postulan como portavoces, designa a quien no se aviene a encarnar y suscribir la adhesión inquebrantable a la causa: «botiflers».

Cuando trasciende la lista negra, los que se sienten próximos o afines a los incluidos, y por tanto han de razonar que si no están en ella no es por otro motivo que su falta de notoriedad pública, ponen el grito en el cielo. Los que comparten visión y aspiraciones con los redactores, pero no desean ser asimilados a ellos y a una práctica que remite a toda clase de abominaciones

históricas y presentes (de las que la siria solo es una muestra), toman distancia: son iluminados en quienes la causa se desvía de sus justos términos para caer en excesos por los que no cabe repudiar sino a aquellos que los cometen y los difunden.

Y es reconfortante y tranquilizador que haya, entre quienes comparten sus afanes y objetivos, gente que señale como dislate el alarde de quienes se guían por el rencor, la sinrazón y la saña. Sin embargo, la experiencia dice que así es como suelen hacerse las listas negras que un mal día, tras una concatenación desdichada de circunstancias, alguien acaba utilizando para cometer una barbaridad. Siempre sucede igual: siempre las elaboran unos fanáticos, demasiado vehementes, a quienes en ese momento se trata de quitar importancia. Pero cuando llega la coyuntura infausta, la lista aparece y no faltan fanáticos como ellos, u otros que simplemente sienten que parecer tibios será contraproducente y la usan sin templanza ni escrúpulo.

Ay de quien deja pasar la lista negra como travesura vana. Si no termina siendo su víctima, abre vía a los verdugos.

El cazajubilados

Lo que sigue es una novela negra, y como el género exige en ella hay crímenes y criminales. Nuestro protagonista, entre otras funciones, tiene la obligación de perseguirlos. En la novela también hay alguna muerte, aunque no es, propiamente, una historia de asesinatos. Estos criminales no se dedican a matar, en principio. Nuestro protagonista, aclarémoslo, tampoco.

Para advertirlo todo, es una novela en la que nadie queda demasiado bien. Los criminales, ya se sabe, hacen cosas reprobables, y es por eso por lo que el Código Penal prevé tratamiento poco grato para sus fechorías. Nuestro protagonista no carece de méritos; por ejemplo, la manera firme en que defendió en tiempos aciagos la solvencia y la seriedad de su país, frente a los malévolos y los especuladores que la cuestionaban para hundirlo. No se le regateó ni se le regatea por ello el reconocimiento. Sucede sin embargo que en el asunto que lo es de esta novela, la manera en que procuró que se allegaran los recursos necesarios para mantener dicha solvencia, su desempeño no es tan convincente. Y el punto en el que falla es, justamente, el que toca a los delincuentes a los que era responsable de mantener a raya.

No es que nuestro protagonista no excitara el celo de los funcionarios bajo su dirección para que buscaran dineros que se estuvieran escatimando al erario público, como es el deber de un ministro de Hacienda que se precie. Por descontado que lo hizo. La cuestión es dónde les animó a rastrear esa deuda oculta, y dónde, en cambio, les vedó exigirla con todas las consecuencias que la ley impone al defraudador. Así, los sabuesos del fisco se dedicaron a atornillar al máximo a los contribuyentes más fácilmente controlables: asalariados, autónomos y jubilados. Personas que obtienen rentas de ardua ocultación, y cuyos datos han entregado normalmente a los ordenadores de Hacienda. La tarea era muy sencilla: cruzar y destripar esos datos para encontrar errores, desgravaciones cuestionables, incompatibilidades entre pensiones y rentas, etcétera. Y una vez hallado el desliz, real o forzado por una rigurosa interpretación inspectora, desencadenar sobre él una catarata de cuotas, recargos e intereses.

Rara vez lo así hallado suponía delito fiscal; en la inmensa mayoría de los casos eran simples infracciones administrativas, donde la Administración califica, sanciona y luego ejecuta la sanción por sí y ante sí, abocando al administrado disconforme a emprender un calvario de recursos administrativos y contencioso-administrativos, del que la mayoría desiste. La excepción fueron algunos jubilados, a los que por obtener rentas ínfimas, de poco más del salario mínimo, se les practicaron liquidaciones que los arruinaban. Uno de ellos, ya octogenario, y por un prurito de

justicia, recurrió y acabó ganando, no antes de que su mujer se quitara la vida por verse en el final del camino arrojada a la miseria como consecuencia del zarpazo del Leviatán.

Pero he aquí que, simultáneamente a este acoso a los más débiles de los contribuyentes, nuestro cazajubilados impulsaba una generosa amnistía fiscal que ofrecía impunidad a las grandes fortunas responsables de defraudaciones delictivas, que podían convalidar pagando un módico peaje. Años después, unos papeles panameños mostraron hasta qué punto esa escapatoria fue aprovechada por los más aparatosos criminales contra la Hacienda del lugar, que triangulaban con sociedades opacas domiciliadas en el país centroamericano sus patrimonios ocultos en paraísos fiscales. Leña al pequeño y bálsamo al grande.

En su momento, nuestro protagonista justificaba la amnistía como una manera de aflorar un dinero que no iba a detectarse de otro modo. El tiempo lo ha puesto en un desairado lugar: ahora sabemos que con mucho menos de lo que en la operación perdió el contribuyente, en impuestos, recargos y multas no percibidos (contando con que se les aplicara a esos grandes defraudadores el mismo encarnizamiento liquidador y sancionador que a los pequeños) podría haberse pagado una investigación como la que acabó, a instancias de unos pocos periodistas, destapando el pastel de aquellas sociedades panameñas, y habrían quedado muchos millones para pupitres y camas de hospital. Y todo ello sin que los inspectores dejaran de multar por errores, discutir tiques a los autónomos y machacar jubilados por dar talleres o publicar libros, que es empeño muy necesario y hartamente conveniente para la prosperidad del país.



LORENZO SILVA (Madrid, 1966) ha escrito, entre otras, las novelas *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *La sustancia interior*, *El ángel oculto*, *El nombre de los nuestros*, *Carta blanca* (Premio Primavera 2004), *El blog del inquisidor*, *Niños feroces*, *Música para feos*, *Recordarán tu nombre* y la «Trilogía de Getafe»: (*Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*, *El cazador del desierto* y *La lluvia de París*). Es autor de los libros de relatos *El déspota adolescente* y *El hombre que destruía las ilusiones de los niños*, del libro de viajes *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos y de Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil* (Premio Algaba de Ensayo). Suya es también la serie policiaca protagonizada por los investigadores Bevilacqua y Chamorro, de la que *El mal de Corcira* es la última entrega, tras *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000), *La marca del meridiano* (Premio Planeta 2012), *Los cuerpos extraños* (2014) y *Lejos del corazón* (2018), entre otras. Junto con Noemí Trujillo, firma una nueva serie policiaca que han iniciado con *Si esto es una mujer*.